

El condenado por desconfiado



De

Tirso de Molina

PAULO, ermitaño. CHERINOS.  
ENRICO. ALBANO, viejo.  
UN PASTORCILLO, un ángel. EL GOBERNADOR DE NÁPOLES.  
EL DEMONIO. EL ALCAIDE DE LA CÁRCEL.  
ANARETO, padre de Enrico. UN JUEZ.  
CELIA. ESBIRROS.  
LIDORA, criada. BANDOLEROS.  
OCTAVIO. CAMINANTES.  
LISANDRO. PORTEROS.  
PEDRISCO. PRESOS.  
GALVÁN. CARCELEROS.  
ESCALANTE. VILLANOS.  
ROLDÁN. PUEBLO.

Selva, dos grutas entre elevados peñascos.

PAULO (De ermitaño.)

¡Dichoso albergue mío!  
Soledad apacible y deleitosa,  
que en el calor y el frío  
me dais posada en esta selva umbrosa,  
donde el huésped se llama  
o verde yerba o pálida retama.  
Agora, cuando el alba  
cubre las esmeraldas de cristales,  
haciendo al sol la salva  
que de su coche sale por jarales,  
con manos de luz pura,  
quitando sombras de la noche oscura  
salgo de aquesta cueva,  
que en pirámides altos de estas peñas  
naturaleza eleva,  
y a las errantes nubes hace señas  
para que noche y día,  
ya que no otra, le hagan compañía.  
Salgo a ver este cielo,  
alfombra azul de aquellos pies hermosos.  
¿Quién, oh celeste velo,  
aquesos tafetanes luminosos  
rasgar pudiera un poco  
para ver?... ¡Ay de mí! Vuélvome loco.  
Mas ya que es imposible  
y sé cierto, Señor, que me estáis viendo

desde ese inaccesible  
trono de luz hermoso, a quien sirviendo  
están ángeles bellos,  
más que la luz del sol hermosos ellos,  
mil gracias quiero daros  
por las mercedes que me estáis haciendo  
sin saber obligaros.  
¿Cuándo yo merecí que del estruendo  
me sacarais del mundo  
que es umbral de las puertas del profundo?  
¿Cuándo, Señor divino,  
podrá mi indignidad agradeceros  
el volverme al camino  
que, si no lo abandono, es fuerza el veros  
y tras esa victoria  
darme en aquestas selvas tanta gloria?  
Aquí los pajarillos,  
amorosas canciones repitiendo  
por juncos y tomillos,  
de Vos me acuerdan, y yo estoy diciendo:  
«Si esta gloria da el suelo,  
¿qué gloria será aquella que da el cielo?»  
Aquí estos arroyuelos,  
jirones de cristal en campo verde,  
me quitan mis desvelos  
y son la causa a que de Vos me acuerde.  
Tal es el gran contento

que infunde al alma su sonoro acento.  
Aquí silvestres flores  
el fugitivo viento aromatizan  
y de varios colores  
aquesta vega humilde fertilizan.  
Su belleza me asombra;  
calle el tapete y berberisca alfombra.  
Pues con estos regalos,  
con aquestos contentos y alegrías,  
¡bendito seas mil veces,  
inmenso Dios, que tanto bien me ofreces!  
Aquí pienso servirte,  
ya que el mundo dejé para bien mío;  
aquí pienso seguirte,  
sin que jamás humano desvarío,  
por más que abra la puerta  
el mundo a sus engaños, me divierta.  
Quiero, Señor divino,  
pediros de rodillas, humildemente,  
que en aqueste camino  
siempre me conservéis piadosamente.  
Ved que el hombre se hizo  
de barro vil, de barro quebradizo.

(Entra en una de las grutas.)

PEDRISCO (Sale trayendo un haz de leña.)

Como si fuera borrico  
vengo de yerba cargado,

de quien el monte está rico;  
si esto como, ¡desdichado!,  
triste fin me pronostico.  
¡Que he de comer hierba yo,  
manjar que el cielo crió  
para brutos animales!  
Deme el cielo en tantos males  
paciencia. Cuando me echó  
mi madre al mundo, decía:  
«Mis ojos santo te vean,  
Pedrisco del alma mía.»  
Si esto las madres desean,  
una suegra y una tía,  
¿qué desearán? Que aunque el ser  
santo un hombre es gran ventura  
es desdicha el no comer.  
Perdonad esta locura  
y este loco proceder,  
mi Dios; y pues conocida  
ya mi condición tenéis,  
no os enojéis porque os pida  
que la hambre me quitéis  
o no sea santo en mi vida.  
Y si puede ser, señor,  
pues que vuestro inmenso amor  
todo lo imposible doma,  
que sea santo y que coma

mi Dios, mejor que mejor,  
De mi tierra me sacó  
Paulo diez años habrá  
ya aqeste monte apartó;  
él en una cueva está  
y en otra cueva estoy yo.  
Aquí penitencia hacemos,  
y sólo yerba comemos,  
y a veces nos acordamos  
de lo mucho que dejamos  
por lo poco que tenemos.  
Aquí, al sonoro raudal  
de un despeñado cristal,  
digo a estos olmos sombríos:  
¿Dónde estáis, jamones míos,  
que no os doléis de mi mal?  
Cuando yo solía cursar  
la ciudad y no las peñas  
(¡memorias me hacen llorar!),  
de las hambres más pequeñas  
gran pesar solíais tomar.  
Erais, jamones, leales:  
bien os puedo así llamar,  
pues merecéis nombres tales,  
aunque ya de los mortales  
no tengáis ningún pesar.  
Mas ya está todo perdido;

hierbas comeré afligido,  
aunque llegue a presumir  
que algún mayo he de parir  
por las flores que he comido.  
Mas Paulo sale de la cueva oscura,  
entrar quiero en la mía tenebrosa  
y comerlas allí.

(Vase.)

PAULO      (Saliendo.)      ¡Qué desventura!  
¡Y qué desgracia, cierta, lastimosa!  
El sueño me venció, viva figura  
(por lo menos imagen temerosa)  
de la muerte cruel; y al fin, rendido,  
la devota oración puse en olvido.  
Siguióse luego al sueño otro, de suerte,  
sin duda, que a mi Dios tengo enojado,  
si no es que acaso el enemigo fuerte  
haya aquesta ilusión representado.  
Siguióse al fin, ¡ay, Dios!, de ver la muerte.  
¡Qué espantosa figura! ¡Ay, desdichado!  
Si el verla en sueño causa tal quimera,  
el que vivo la ve, ¿qué es lo que espera?  
Tírome el golpe con el brazo diestro  
no cortó la guadaña; el arco toma

la flecha en el derecho; en el siniestro,  
el arco mismo que altiveces doma;  
tirome al corazón; yo, que me muestro  
al golpe herido, porque el cuerpo coma  
la madre tierra, como a su despojo  
desencarcelo al alma, al cuerpo arrojó.  
Salió el alma en un vuelo, en un instante  
vi de Dios la presencia. ¡Quién pudiera  
no verle entonces! ¡Qué cruel semblante!  
Resplandeciente espada y justiciera  
en la derecha mano, y arrogante  
(como ya por derecho suyo era)  
el fiscal de las almas miré a un lado,  
que aun con ser victorioso estaba airado.  
Leyó mis culpas, y mi guarda santa  
leyó mis buenas obras, y el justicia  
mayor del cielo, que es aquel que espanta  
de la infernal morada la malicia,  
las puso en dos balanzas; mas levanta  
el peso de mi culpa y mi injusticia  
mis obras buenas, tanto, que el juez santo  
me condena a los reinos del espanto.  
Con aquella fatiga y aquel miedo  
desperté, aunque temblando, y no vi nada  
si no es mi culpa, y tan confuso quedo,  
que si no es a mi suerte desdichada  
o traza del contrario, ardid o enredo,



que vibra contra mí su ardiente espada,  
no sé a qué lo atribuya. Vos, Dios santo,  
me declarad la causa de este espanto.  
¿Heme de condenar, mi Dios divino,  
como ese sueño dice, o he de verme  
en el sagrado alcázar cristalino?  
Aqueste bien, Señor, habéis de hacerme.  
¿Qué fin he de tener? Pues un camino  
sigo tan bueno no queráis tenerme  
en esta confusión, Señor eterno.  
¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?  
Treinta años de edad tengo, Señor mío,  
y los diez he gastado en el desierto,  
y si viviera un siglo, un siglo fío  
que lo mismo ha de ser; esto os advierto.  
Si esto cumplo, Señor, con fuerza y brío,  
¿qué fin he de tener? Lágrimas vierto.  
Respondedme, Señor, Señor eterno.  
¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?

(EL DEMONIO, que aparece en lo alto de una peña.)

DEMONIO (Invisible para PAULO.)

Diez años ha que persigo  
a este monje en el desierto,  
recordándole memorias  
y pasados pensamientos;  
y siempre le he hallado firme,  
como un gran peñasco opuesto.

Hoy duda de su fe, que es duda  
de la fe lo que hoy ha hecho,  
porque es la fe en el cristiano  
que sirviendo a Dios y haciendo  
buenas obras ha de ir  
a gozar de Él en muriendo.

Este, aunque ha sido tan santo,  
duda de la fe, pues vemos  
que quiere del mismo Dios.  
estando en duda, saberlo.

En la soberbia también  
ha pecado; caso es cierto.

Nadie como yo lo sabe,  
pues por soberbio padezco.

Y con la desconfianza  
le ha ofendido, pues es cierto  
que desconfía de Dios  
el que a su fe no da crédito.

Un sueño la causa ha sido;  
el anteponer un sueño  
a la fe de Dios, ¿quién duda  
que es pecado manifiesto?

Y así me ha dado licencia  
el juez más supremo y recto,  
para que con más engaños  
le incite agora de nuevo.

Sepa resistir valiente

los combates que le ofrezco  
para luego desconfiar  
y ser como yo, soberbio.  
Su mal ha de restaurar  
de la pregunta que ha hecho  
a Dios, pues a su pregunta  
mi nuevo engaño prevengo.  
De ángel tomaré la forma,  
y responderé a su intento  
cosas que le han de costar  
su condenación, si puedo.

(Déjase ver en figura de ángel.)

PAULO        ¡Dios mío!, a questo os suplico:  
¿Salvareme, Dios inmenso?  
¿Iré a gozar vuestra gloria?  
Que me respondáis espero.

DEMONIO     Dios, ¡oh Paulo!, te ha escuchado  
y tus lágrimas ha visto.

PAULO        (Aparte.) ¡Qué mal el temor resisto!  
Ciego en mirarlo he quedado

DEMONIO     Me ha mandado que te saque

de esa ciega confusión,  
porque esa vana ilusión  
de tu contrario se aplaque.  
Ve a Nápoles, y a la puerta  
que llaman allá del Mar,  
que es por donde tú has de entrar  
a ver tu ventura cierta  
o tu desdicha, verás  
cerca de allá (estame atento)  
un hombre...

PAULO        ¡Qué gran contento  
con tus razones me das!

DEMONIO     Que Enrico tiene por nombre,  
hijo del noble Anareto,  
Conocerásle, en efecto,  
por señas: que es gentilhombre,  
alto de cuerpo y gallardo,  
No quiero decirte más,  
porque apenas llegarás  
cuando le veas.

PAULO        Aguardo  
lo que le he de preguntar  
cuando le llegare a ver.

DEMONIO      Sólo una cosa has de hacer.

PAULO        ¿Qué he de hacer?

DEMONIO      Verle y callar,  
                  contemplando sus acciones,  
                  sus obras y sus palabras.

PAULO        En mi pecho ciego labras  
                  quimeras y confusiones.  
                  ¿Sólo eso tengo que hacer?

DEMONIO      Dios que en él repares quiere,  
                  porque el fin que aquél tuviere  
                  ese fin has de tener.

(Desaparece.)

PAULO        ¡Oh misterio soberano!  
                  ¿Quién este Enrico será?  
                  Por verle me muero ya.  
                  ¡Qué contento estoy, qué ufano!  
                  Algún divino varón  
                  debe de ser, ¿quién lo duda?

(Sale PEDRISCO.)

PEDRISCO (Aparte.) Siempre la fortuna ayuda  
al más flaco corazón.  
Lindamente he manducado;  
satisfecho quedo ya.

PAULO ¡Pedrisco!

PEDRISCO A esos pies está  
mi boca.

PAULO A tiempo has llegado.  
Los dos habemos de hacer  
una jornada al momento.

PEDRISCO Brinco y salto de contento.  
Mas, ¿dónde, Paulo, ha de ser?

PAULO A Nápoles.

PEDRISCO ¿Qué me dice?  
¿Y a qué, padre?

PAULO En el camino  
sabrás un paso peregrino:  
¡Plegue a Dios que sea felice!

PEDRISCO     ¿Si seremos conocidos  
de los amigos de allá?

PAULO        Nadie nos conocerá,  
que vamos desconocidos  
en el traje y en la edad.

PEDRISCO     Diez años ha que faltamos.  
Seguros pienso que vamos,  
que es tal la seguridad  
de este tiempo que en un hora  
se desconoce el amigo.

PAULO        Vamos

PEDRISCO     ¡Vaya Dios conmigo!

PAULO        De contento el alma llora.  
A obedeceros me aplico,  
mi Dios; nada me desmaya,  
pues Vos me mandáis que vaya  
a ver al dichoso Enrico.  
¡Gran santo debe de ser!  
Lleno de contento estoy.

PEDRISCO     Y yo, pues contigo voy.  
No puedo dejar de ver,

(Aparte.) pues que mi bien es tan cierto  
con tan alta maravilla,  
el bodegón de Juanilla  
y la taberna del Tuerto.

(Vanse.)

DEMONIO Bien mi engaño va trazado.

Hoy verá el desconfiado  
de Dios y de su poder  
el fin que viene a tener,  
pues él propio lo ha buscado.

(Vase.)

(La acción se traslada a Nápoles)

(Representa la escena el patio o atrio de la casa de CELIA. Salen OCTAVIO Y LISANDRO.)

LISANDRO La fama de esa mujer  
sólo a verla me ha traído.

OCTAVIO ¿De qué es la fama?

LISANDRO La fama  
que de ella, Octavio, he tenido  
es de que es la más discreta  
mujer que en aqueste siglo



ha visto el napolitano  
reino.

OCTAVIO      Verdad os han dicho;  
pero aquesa discreción  
es el cebo de sus vicios.  
Con ésa engaña a los necios;  
con ésa estafa a los lindos.  
Con una octava o soneto,  
que con picaresco estilo  
suele hacer de cuando en cuando,  
trae a mil hombres perdidos,  
y por parecer discretos  
alaban el artificio  
y el lenguaje y los conceptos.

LISANDRO      Notables cosas me han dicho  
de esta mujer.

OCTAVIO      Está bien.  
¿No os dijo el que aquesto os dijo  
que es de esa mujer la casa  
un depósito de vivos,  
y que nunca está cerrada  
al napolitano rico,  
ni al alemán, ni al inglés,  
ni al húngaro, armenio o indio,

ni aun al español tampoco,  
con ser tan aborrecido  
en Nápoles?

LISANDRO     ¿Eso pasa

OCTAVIO     La verdad es lo que he dicho,  
como es verdad que venís  
de ella enamorado.

LISANDRO     Afirmo  
que me enamoró su fama.

OCTAVIO     Pues más hay.

LISANDRO     ¿Sois fiel amigo?

OCTAVIO     Que tiene cierto mancebo  
por galán, que no ha nacido  
hombre tan mal inclinado  
en Nápoles.

LISANDRO     Será Enrico,  
hijo de Anareto el viejo,  
que pienso que ha cuatro o cinco  
años que está en una cama  
el pobre viejo, tullido.

OCTAVIO El mismo.

LISANDRO Noticia tengo  
de ese mancebo.

OCTAVIO Os afirmo,  
Lisandro, que es el peor hombre  
que en Nápoles ha nacido.  
Aquesta mujer le da  
cuanto puede, y cuando el vicio  
del juego suele apretarle  
se viene a su casa él mismo  
y le quita a bofetadas  
las cadenas, los anillos...

LISANDRO ¡Pobre mujer!

OCTAVIO También ella  
suele hacer sus ciertos tiros,  
quitando la hacienda a muchos  
con esta falsa poesía.

LISANDRO Pues ya que estoy advertido  
de amigo tan buen maestro,  
allí veréis si yo sirvo.

OCTAVIO Yo entraré con vos también  
mas ojo al dinero, amigo.

LISANDRO Con invención entraremos.

OCTAVIO Direisle que habéis sabido  
que hace versos elegantes,  
y que a precio de un anillo  
unos versos os escriba  
a una dama.

LISANDRO ¡Buen arbitrio!

OCTAVIO Y yo, pues entro con vos,  
le diré también lo mismo.  
Esta es la casa.

LISANDRO Y aun pienso  
que está en el patio.

OCTAVIO Si Enrico  
nos coge dentro, por Dios  
que recelo algún peligro.

LISANDRO ¿No es un hombre solo?

OCTAVIO Sí.

LISANDRO No le temo ni le estimo.

(Sale CELIA leyendo un papel y LIDORA con recado de escribir.)

CELIA Bien escrito está el papel.

LIDORA Es discreto Severino.

CELIA Pues no se le echa de ver  
notablemente.

LIDORA ¿No has dicho  
que escribe bien?

CELIA Sí, por cierto;  
la letra es buena; esto digo.

LIDORA Ya entiendo. La mano y pluma  
son de maestro de niños.

CELIA Las razones, de ignorante.

OCTAVIO Llegá, Lisandro, atrevido.

LISANDRO Hermosa es, por vida mía.  
Muy pocas veces se ha visto

belleza y entendimiento  
tanto en un sujeto mismo.

LIDORA Dos caballeros, si ya  
se juzgan por el vestido,  
han entrado.

CELIA ¿Qué querrán?

LIDORA Lo ordinario.

OCTAVIO (A LISANDRO.)

Ya te ha visto.

CELIA ¿Qué mandan vuestras mercedes?

LISANDRO Hemos llegado atrevidos,  
porque en casa de poetas  
y de señoras no ha sido  
vedada la entrada a nadie.

LIDORA (Aparte.) Gran sufrimiento ha tenido,  
pues la llamaron poeta  
y ha callado.

LISANDRO Yo he sabido  
que sois discreta en extremo,

y que de Homero y de Ovidio  
excedéis la misma fama.  
Y así yo y aqueste amigo  
que vuestro ingenio me alaba,  
en competencia venimos  
de que para cierta dama  
que mi amor puso en olvido  
y se casó a su disgusto,  
le hagáis algo, que yo afirmo  
el premio a vuestra hermosura,  
si es, señora, premio digno  
el daros mi corazón.

LIDORA      Por Belerma te ha tenido.

OCTAVIO     Yo vine también, señora  
(pues vuestro ingenio divino  
obliga a los que se precian  
de discretos), a lo mismo.

CELIA        ¿Sobre quién tiene que ser?

LISANDRO    Una mujer que me quiso  
cuando tuvo que quitarme,  
y ya que pobre me ha visto  
se recogió a bien vivir.

LIDORA (Aparte.) Muy como discreta hizo.

CELIA A buen tiempo habéis llegado,  
que a un papel que me han escrito  
quería responder ahora,  
y pues decís que de Ovidio  
excedo la antigua fama,  
haré ahora más que él hizo.  
A un tiempo se han de escribir  
vuestros papeles y el mío.  
Da a todos tinta y papel. (A LIDORA.)

LISANDRO ¡Bravo ingenio!

OCTAVIO ¡Peregrino!

LIDORA Aquí está tinta y papel.

CELIA Escribir, pues.

LISANDRO Ya escribimos.

CELIA Tú dices que a una mujer  
que se casó...

LISANDRO Aqueso digo.



CELIA        Y tú a la que te dejó  
                 después que no fuiste rico.

OCTAVIO     Así es verdad.

CELIA        Y yo aquí  
                 le respondo a Severino.

(Entran ENRICO y GALVÁN con espada y broquel.)

ENRICO       ¿Qué se busca en esta casa,  
                 hidalgos?

LISANDRO    Nada buscamos;  
                 estaba abierta, y entramos.

ENRICO       ¿Conóceme?

LISANDRO    Aquesto pasa.

ENRICO       Pues váyanse en hora mala,  
                 que voto a Dios si me enojo  
                 (no me hagas, Celia del ojo).

OCTAVIO     ¿Qué locura a aquésta iguala?

ENRICO       Que los arroje en el mar,  
                 aunque esté lejos de aquí.

CELIA (Aparte, a ENRICO.)  
Mi bien, por amor de mí.

ENRICO ¿Tú te atreves a llegar?

LISANDRO ¿Sois pariente o sois hermano  
de aquesta señora?

ENRICO Soy el diablo.

GALVÁN Yo ya estoy  
con la hojarasca en la mano.  
¡Sacúdelos!

OCTAVIO ¡Deteneos!

ENRICO ¡Mi bien, por amor de Dios!

OCTAVIO Aquí vinimos los dos  
no con lascivos deseos,  
sino a que nos escribiese  
unos papeles.

ENRICO Pues ellos,  
que se precian de tan bellos,  
¿no saben escribir?

OCTAVIO Cese vuestro enojo.

ENRICO ¿Qué es cesar?  
¿Qué es de lo escrito?

OCTAVIO Esto es.

ENRICO Vuelvan por ellos, después,  
porque ahora no hay lugar.  
(Los rompe.)

CELIA ¿Los rompiste?

ENRICO Claro está.  
Y si me enojo...

CELIA ¡Mi bien!

ENRICO Haré lo mismo también  
de sus caras.

LISANDRO Basta ya.

ENRICO Mi gusto tengo de hacer  
en todo cuanto quisiere,  
y si voarcé lo quiere,

seor hidalgo, defender,  
cuéntese sin piernas ya,  
porque yo nunca temí  
hombres como ellos.

LISANDRO     ¡Que así  
nos trate un hombre!

OCTAVIO     ¡Calla!

ENRICO     Ellos se precian de hombres  
siendo de mujer las almas  
si pretenden llevar palmas  
y ganar honrosos nombres,  
defiéndanse de esta espada.

CELIA     ¡Mi bien!

ENRICO     ¡Aparta!

CELIA     ¡Detente!

ENRICO     Nadie detenerme intente.

CELIA     ¡Qué es aquesto! ¡Ay, desdichada!

(OCTAVIO y LISANDRO huyen.)

LIDORA      Huyendo va, que es belleza.

GALVÁN      ¡Qué cuchillada le di!

ENRICO      Viles gallinas. ¿Así  
afrentáis vuestra destreza?

CELIA      Mi bien, ¿qué has hecho?

ENRICO      Nonada.  
Gallardamente le di  
a aquel más alto. Le abrí  
un jeme de cuchillada.

LIDORA      Bien el que entra a verte gana.

GALVÁN      Una punta le tiré  
a aquel más bajo, y le eché  
fuera una arroba de lana.  
¡Terrible peto traía!

ENRICO      Siempre, Celia, me has de dar  
disgusto.

CELIA      Basta el pesar;  
sosiega, por vida mía.

ENRICO       ¿No te he dicho que no gusto  
que entren esos marquesotes?  
¿Todos guedeja y bigotes  
adonde me dan disgusto?  
¿Qué provecho tienes de ellos?  
¿Qué te ofrecen? ¿Qué te dan  
éstos, que contino están  
rizándose los cabellos?  
De peña, de roble o riseo  
es al dar su condición  
su bolsa hizo profesión  
en la Orden de San Francisco.  
Pues ¿para qué los admites?  
¿Para qué les das entrada?  
¿No te tengo yo avisada?  
Tú harás algo que me incite  
a cólera.

CELIA        Bueno está.

ENRICO       ¡Apártate!

CELIA        Oye, mi bien;  
porque sepas que hay también  
alguno en éstos que da.  
Aqueste anillo y cadena  
me dieron éstos.

ENRICO      ¿A ver?

La cadena he menester,  
que me parece muy buena.

CELIA      ¿La cadena?

ENRICO      Y el anillo  
también me hace falta hora.

LIDORA      Déjale algo a mi señora.

ENRICO      Ella, ¿no sabrá pedillo?  
¿Para qué lo pides tú?

GALVÁN      Ésta por hablar se muere.

LIDORA      (Aparte.) Mal haya quien bien os quiere,  
rufianes de Belcebú.

CELIA      Todo es tuyo, vida mía;  
y pues yo tan tuya soy,  
escúchame.

ENRICO      Atento estoy.

CELIA      Sólo pedirte quería

que nos lleves esta tarde  
a la Puerta de la Mar.

ENRICO El manto puedes tomar.

CELIA Yo haré que allá nos aguarde  
la merienda.

ENRICO ¿Oyes, Galván?  
Ve a avisar luego al instante  
a nuestro amigo Escalante,  
a Cherinos y a Roldán,  
que voy con Celia.

GALVÁN Sí haré.

ENRICO Di que a la Puerta del Mar  
nos vayan luego a esperar  
con sus mozas.

LIDORA ¡Bien, a fe!

GALVÁN Ello habrá lindo bureo;  
mas que ha de haber cuchilladas.

CELIA ¿Quieres que vamos tapadas?



ENRICO        No es eso lo que deseo.  
Descubiertas habéis de ir,  
porque quiero en este día  
que sepan que tú eres mía.

CELIA        ¿Cómo te podré servir?  
Vamos.

LIDORA       (Aparte, a CELIA.)  
Tú eres inocente.  
¿Todas las joyas le has dado?

CELIA        Todo está bien empleado  
en hombre que es tan valiente.

GALVÁN       Mas ¿qué, no te acuerdas ya  
que te dijeron ayer  
que una muerte habías de hacer?

ENRICO       Cobrada y gastada está  
ya la mitad del dinero.

GALVÁN       Pues ¿para qué vas al Mar?

ENRICO       Después se podrá trazar,  
que ahora, Galván, no quiero.  
Anillo y cadena tengo

que me dio la tal señora:  
dineros sobran ahora.

GALVÁN      Ya tus intentos prevengo.

ENRICO      Viva alegre el desdichado,  
libre de cuidado y pena,  
que en gastando la cadena  
le daremos su recado.

(Vanse todos y entran PAULO y PEDRISCO.)

PEDRISCO    Maravillado estoy de tal suceso.

PAULO       Secretos son de Dios.

PEDRISCO    ¿De modo, padre,  
que el fin que ha de tener aqueste Enrico  
ha de tener también?

PAULO       Faltar no puede  
la palabra de Dios; el ángel suyo  
me dijo que si Enrico se condena  
yo me he de condenar, y si él se salva,  
también me he de salvar.

PEDRISCO    Sin duda, padre,  
que es un santo varón aqueste Enrico.

PAULO        Eso mismo imagino.

PEDRISCO    Esta es la puerta  
                  que llaman de la Mar.

PAULO        Aquí me manda  
                  el ángel que le aguarde.

PEDRISCO    Aquí vivía  
                  un tabernero gordo, padre mío,  
                  a donde yo acudía muchas veces,  
                  y más allá, si acaso se le acuerda,  
                  vivía aquella moza rubia y alta,  
                  que arquero de la guardia parecía,  
                  a quien él requebraba.

PAULO        ¡Oh vil contrario!  
                  Livianos pensamientos me fatigan.  
                  ¡Oh cuerpo flaco! Hermano, escuche.

PEDRISCO    Escucho.

PAULO        El contrario me tiene con memoria  
                  y con pasados gustos...  
                  (Échase en el suelo.)

PEDRISCO     Pues, ¿qué hace?

PAULO        En el suelo me arrojó desta suerte,  
para que en él me pise; llegue, hermano,  
píseme muchas veces.

PEDRISCO     En buena hora,  
que soy muy obediente, padre mío. (Písale.)  
¿Písole bien?

PAULO        Sí, hermano.

PEDRISCO     ¿No le duele?

PAULO        Pise y no tenga pena.

PEDRISCO     ¿Pena, padre?  
¿Por qué razón he yo de tener pena?

Piso y repiso, padre de mi vida;  
mas temo no reviente, padre mío.

PAULO Píseme, hermano.

(Dan voces desde dentro, deteniendo a ENRICO.)

ROLDÁN       Deteneos, Enrico.

ENRICO       (Dentro.) Al mar he de arrojalle, ¡vive el cielo!

PAULO        A Enrico oí nombrar.

ENRICO        (Dentro.) ¿Gente mendiga  
                  ha de haber en el mundo?

CHERINOS     ¡Deteneos!

ENRICO        (Dentro.) Podrasme detener en arrojándole.

CELIA         (Dentro.) ¿Adónde vas? ¡Detente!

ENRICO        (Dentro.) No hay remedio:  
                  Harta merced te hago, pues te saco  
                  de una grande miseria.

ROLDÁN        (Dentro.) ¿Qué habéis hecho?

(Salen ENRICO, CELIA, ROLDÁN, ESCALANTE, LIDORA, CHERINOS y GALVÁN. El ermitaño y PEDRISCO se retiran a un lado y observan, los demás personajes ocupan el medio del teatro.)

ENRICO        Llegó a pedirme un pobre una limosna;  
                  doliome el verle con tan gran miseria,  
                  y porque no llegase a avergonzarse  
                  a otro desde hoy, cogile en brazos  
                  y le arrojé en el mar.

PAULO        ¡Delito inmenso!

ENRICO        Ya no será más pobre, según pienso.

PEDRISCO     ¡Algún diablo limosna te pidiera!

CELIA        ¡Siempre has de ser cruel!

ENRICO        No me repliques,  
                  que haré contigo y los demás lo mismo.

ESCALANTE    Dejemos eso agora, por tu vida.  
                  Sentémonos los dos, Enrico amigo.

PAULO        (A PEDRISCO.)  
                  A éste han llamado Enrico.

PEDRISCO     Será otro.  
                  ¿Querías tú que fuese este mal hombre,  
                  que en vida está ya ardiendo en los infiernos?  
                  Aguardemos a ver en lo que para.

ENRICO        Pues siéntense voarcedes, porque quiero  
                  haya conversación.

ESCALANTE    Muy bien ha dicho.

ENRICO Siéntese, Celia, aquí.

CELIA Ya estoy sentada.

ESCALANTE Tú, conmigo, Lidora.

LIDORA Lo mismo digo yo, señor Escalante.

CHERINOS Siéntese aquí, Roldán.

ROLDÁN Ya voy, Cherinos.

PEDRISCO ¡Mire qué buenas almas, padre mío!

Lléguese más, verá de lo que tratan.

PAULO ¡Que no viene mi Enrico!

PEDRISCO Mire y calle,

que somos pobres y este desalmado

no nos eche en el mar.

ENRICO Agora quiero

que cuente cada uno de voarcedes

las hazañas que ha hecho en esta vida.

Quiero decir..., hazañas, latrocinios,

cuchilladas, heridas, robos, muertes,

salteamientos y cosas de este modo.

ESCALANTE    Muy bien ha dicho Enrico.

ENRICO        Y al que hubiere  
                  hecho mayores males al momento  
                  una corona de laurel le pongan,  
                  cantándole alabanzas y motetes.

ESCALANTE    Soy contento.

ENRICO        Comience, seo Escalante.

PAULO        ¡Que esto sufre el Señor!

PEDRISCO     Nada le espante.

ESCALANTE    Yo digo así.

PEDRISCO     ¡Qué alegre y satisfecho!

ESCALANTE    Veinticinco pobretes tengo muertos,  
                  seis casas he escalado y treinta heridas  
                  he dado con la chica.

PEDRISCO     ¡Quién te viera  
                  hacer en una horca cabriolas!



ENRICO Diga Cherinos.

PEDRISCO ¡Qué ruin nombre tiene!

Cherinos, cosa poca.

CHERINOS Yo comienzo.

No he muerto a ningún hombre; pero he dado  
más de cien puñaladas.

ENRICO ¿Y ninguna  
fue mortal?

CHERINOS Amparoles la fortuna.

De capas que he quitado en esta vida  
y he vendido a un ropero, está ya rico.

ENRICO ¿Véndelas él?

CHERINOS ¿Pues no?

ENRICO ¿No las conocen?

CHERINOS Por quitarse de aquestas ocasiones  
las convierte en ropillas y calzones.

ENRICO ¿Habéis hecho otra cosa?

CHERINOS No me acuerdo.

PEDRISCO Mas, ¿qué le absuelve ahora el ladronazo?

CELIA Y tú, ¿qué has hecho, Enrico?

ENRICO Oigan voarcedes.

ESCALANTE Nadie cuente mentiras.

ENRICO Yo soy hombre  
que en mi vida las dije.

GALVÁN Tal se entiende.

PEDRISCO ¿No escucha, padre mío, estas razones?

PAULO Estoy mirando a ver si viene Enrico.

ENRICO Haya, pues, atención.

CELIA Nadie te impide.

PEDRISCO ¡Miren a qué sermón atención pide!

ENRICO Yo nací mal inclinado,  
como se ve en los efectos

del discurso de mi vida,  
que referiros pretendo.  
Con regalos me crié  
en Nápoles, que ya pienso  
que conocéis a mi padre,  
que aunque no fue caballero  
ni de sangre generosa,  
era muy rico y yo entiendo  
que es la mayor calidad  
el tener en este tiempo.  
Crieme, en fin, como digo,  
entre regalos, haciendo  
travesuras cuando niño,  
locuras cuando mancebo.  
Hurtaba a mi viejo padre  
arcas y cofres abriendo  
los vestidos que tenía,  
las joyas y los dineros.  
Jugaba, y digo jugaba  
para que sepáis con esto  
que de cuantos vicios hay  
es el primer padre el juego.  
Quedé pobre y sin hacienda,  
y como enseñado a hacerlo,  
di en robar de casa en casa  
cosas de pequeño precio.  
Iba a jugar y perdía;

mis vicios iban creciendo.  
Di luego en acompañarme  
con otros del arte mismo;  
escalamos siete casas,  
dimos la muerte a sus dueños;  
lo robado repartimos  
para dar caudal al juego.  
De cinco que éramos todos  
sólo los cuatro prendieron,  
y nadie me descubrió,  
aunque les dieron tormento.  
Pagaron en una plaza  
su delito, y yo, con esto  
de escarmentado, acogime  
a hacer a solas mis hechos.  
Íbame todas las noches  
solo a la casa de juego,  
donde a su puerta aguardaba  
a que saliesen de dentro.  
Pedía con cortesía  
el barato, y cuando ellos  
iban a sacar qué darme,  
sacaba yo el fuerte acero  
que riguroso escondía  
en sus inocentes pechos,  
y por fuerza me llevaba  
los que ganando perdieron.

Quitaba de noche capas;  
tenía diversos hierros  
para abrir cualquier puerta  
y hacerme capaz del dueño.

Las mujeres estafaba,  
y no dándome el dinero  
visitaba una navaja  
su rostro luego, al momento.

Aquestas cosas hacía  
el tiempo que fui mancebo;  
pero escuchadme y sabréis,  
siendo hombre, las que he hecho.

A treinta desventurados  
yo solo y a queste acero,  
que es de la muerte ministro,  
del mundo sacado habemos;  
los diez, muertos por mi gusto,  
y los veinte me salieron,  
uno con otro, a doblón.

Diréis que es pequeño precio;  
es verdad: mas, ¡voto a Dios!  
que en faltándome el dinero  
que maté por un doblón  
a cuantos me están oyendo.

Seis doncellas he forzado  
dichoso llamarme puedo,  
pues seis he podido hallar

en este felice tiempo.  
De una principal casada  
me aficioné, y en secreto  
habiendo entrado en su casa  
a ejecutar mi deseo,  
dio voces; vino el marido,  
y yo, enojado y resuelto,  
llegué con él a los brazos,  
y tanto en ellos le aprieto  
que perdió tierra, y apenas  
en este punto le veo  
cuando de un balcón le arrojó  
y en el suelo cayó muerto.  
Dio voces la tal señora,  
y yo, sacado el acero,  
te meto cinco a seis veces,  
en el cristal de su pecho,  
donde puertas de rubíes  
en campos de cristal bellos  
le dieron salida al alma  
para que se fuese huyendo.  
Por hacer mal solamente  
he jurado juramentos  
falsos, fingido quimeras,  
hecho máquinas, enredos,  
y un sacerdote que quiso  
reprenderme con buen celo

de un bofetón que le di  
cayó en tierra medio muerto.

Porque supe que encerrado  
en casa de un pobre viejo  
estaba un contrario mío  
a la casa puse fuego,  
y sin poder remediallo  
todos se quemaron dentro,  
y hasta dos niños hermanos  
cenizas quedaron hechos.

No digo jamás palabra  
si no es con un juramento,  
con un «pese» o un «por vida»,  
porque sé que ofendo al cielo.

En mi vida misa oí,  
ni estando en peligros ciertos  
de morir me he confesado  
ni invocado a Dios eterno.

No he dado limosna nunca,  
aunque tuviese dinero;  
antes persigo a los pobres,  
como habéis visto el ejemplo.

No respeto a religiosos;  
de sus iglesias y templos  
seis cálices he robado  
y diversos ornamentos  
que sus altares adornan.

Ni a la justicia respeto;  
mil veces me he resistido  
y a sus ministros he muerto;  
tanto, que para prenderme  
no tienen ya atrevimiento.  
Y finalmente, yo estoy  
preso por los ojos bellos  
de Celia, que está presente;  
todos la tienen respeto  
por mí, que la adoro y cuando  
sé que la sobran dineros,  
con lo que me da, aunque poco,  
mi viejo padre sustento,  
que ya le conoceréis  
por el nombre de Anareto.  
Cinco años ha que tullido  
en una cama le tengo,  
y tengo piedad con él  
por estar pobre el buen viejo,  
y porque soy causa, en fin,  
de ponerle en tal extremo  
por jugarle yo su hacienda  
el tiempo que fui mancebo.  
Todo es verdad lo que he dicho,  
¡voto a Dios!, y que no miento.  
Juzgad ahora vosotros  
cuál merece mayor premio.



PEDRISCO      Cierto, padre de mi vida,  
                    que son servicios tan buenos,  
                    que puede ir a pretender  
                    éste a la Corte.

ESCALANTE     Confieso  
                    que tú el lauro has merecido.

ROLDÁN        Y yo confieso lo mismo.

CHERINOS     Todos lo mismo decimos.

CELIA          El laurel darte pretendo.

ENRICO        Vivas, Celia, muchos años.

CELIA         (Poniendo a ENRICO una corona de laurel.)

                    Toma mi bien, y con esto  
                    pues que la merienda aguarda,  
                    nos vamos.

GALVÁN        Muy bien has hecho.

CELIA         Digan todos: ¡Viva Enrico!

TODOS        ¡Viva el hijo de Anareto!

ENRICO      Al punto todos vayamos  
a holgarnos y entretenernos.

(Vanse ENRICO y los que salieron con él.)

PAULO      ¡Salid, lágrimas, salid;  
salid apriesa del pecho,  
no lo dejéis de vergüenza!  
¡Qué lastimoso suceso!

PEDRISCO    ¿Qué tiene, padre?

PAULO      ¡Ay, hermano!  
Penas y desdichas tengo.  
Este mal hombre que he visto  
es Enrico.

PEDRISCO    ¿Cómo es eso?

PAULO      Las señas que me dio el ángel  
son tuyas.

PEDRISCO    ¿Es eso cierto?

PAULO      Sí, hermano, porque me dijo  
que era hijo de Anareto,  
y aquesé también lo ha dicho.

PEDRISCO     Pues aqueste ya está ardiendo  
                  en los infiernos.

PAULO         ¡Ay triste!  
  
                  Eso sólo es lo que temo.  
  
                  El ángel de Dios me dijo  
                  que si éste se va al infierno  
                  que al infierno tengo de ir,  
                  y al cielo, si éste va al cielo.  
  
                  Pues al cielo, hermano mío,  
                  ¿Cómo ha de ir éste si vemos  
                  tantas maldades en él,  
                  tantos robos manifiestos,  
                  crueldades y latrocinios  
                  y tan viles pensamientos?

PEDRISCO     En eso, ¿quién pone duda?  
  
                  Tan cierto se irá al infierno  
                  como el despensero Judas.

PAULO         ¡Gran Señor, Señor eterno!  
  
                  ¿Por qué me habéis castigado  
                  con castigo tan inmenso?  
  
                  Diez años y más, Señor,  
                  ha que vivo en el desierto,  
                  comiendo hierbas amargas,

salobres aguas bebiendo,  
sólo porque Vos, Señor,  
juez piadoso, sabio recto,  
perdonarais mis pecados.  
¡Cuán diferente lo veo!  
Al infierno tengo de ir.  
Ya me parece que siento  
que aquellas voraces llamas  
van abrasando mi cuerpo.  
¡Ay, qué rigor!

PEDRISCO      Ten paciencia.

PAULO          ¿Qué paciencia o sufrimiento  
ha de tener el que sabe  
que ha de ir a los infiernos?  
Al infierno, centro oscuro,  
donde ha de ser el tormento  
eterno y ha de durar  
lo que Dios durare. ¡Ah cielo!  
¡Que nunca se ha de acabar!  
¡Que siempre han de estar ardiendo  
las almas! ¡Siempre! ¡Ay de mí!

PEDRISCO      (Aparte.) Sólo oírte me da miedo.  
Padre, volvamos al monte.

PAULO        Que allá volvamos pretendo;  
pero no a hacer penitencia,  
porque ya no es de provecho.  
Dios me dijo que si aqueste  
se iba al cielo, me iría al cielo,  
y al profundo si al profundo,  
pues es así seguir quiero  
su misma vida; perdone  
Dios aqueste atrevimiento  
si su fin he de tener,  
tenga su vida y sus hechos,  
que no es bien que yo en el mundo  
esté penitencia haciendo  
y que él viva en la ciudad  
con gustos y con contentos  
y que a la muerte tengamos  
un fin.

PEDRISCO    Es discreto acuerdo.  
Bien ha dicho padre mío.

PAULO        En el monte hay bandoleros;  
bandolero quiero ser,  
porque así igualar pretendo  
mi vida con la de Enrico,  
pues un mismo fin tendremos.  
Tan malo tengo de ser

como él, y peor si puedo,  
que pues ya los dos estamos  
condenados al infierno,  
bien es que antes de ir allá  
en el mundo nos vengamos.  
¡Ah Señor! ¿Quién tal pensara?

PEDRISCO      Vamos, y déjate de eso,  
y destos árboles altos  
los hábitos ahorquemos.  
Viste galán.

PAULO          Así haré,  
y yo haré que tengan miedo  
a un hombre que siendo justo  
se ha condenado al infierno.  
Rayo del mundo he de ser.  
¿Qué se ha de hacer sin dineros?  
Yo los quitaré al demonio  
si fuere cierto el traerlos.

PEDRISCO      Vamos, pues.

PAULO          Señor, perdona  
si injustamente me vengo.  
Tú me has condenado ya;  
tu palabra es caso cierto

que atrás no puede volver.  
Pues si es así, tener quiero  
en el mundo buena vida,  
pues tan triste fin espero.  
Los pasos pienso seguir  
de Enrico.

PEDRISCO     Ya voy temiendo  
  
que he de ir contigo a las ancas  
  
cuando vayas al infierno.

**Sala en casa de ANARETO. Una puerta de alcoba en el fondo, con las cortinas echadas.[[editar](#)]**

ENRICO       ¡Valgate el diablo el juego!  
              ¡Qué mal que me has tratado!

GALVÁN       Siempre eres desdichado

ENRICO       Fuego en las manos, fuego:  
              ¿Estáis descomulgadas?

GALVÁN       Echáronte a perder suertes trocadas.

ENRICO       Derechas no las gano;  
              si las trueco, tampoco.

GALVÁN       Él es un juego loco.

ENRICO       Esta derecha mano  
              me tiene destruido;  
              noventa y nueve escudos he perdido.

GALVÁN       ¿Pues para qué estás triste,  
              que nada te costaron?

ENRICO       ¡Qué poco que duraron!  
              ¿Viste tal cosa? ¿Viste  
              multitud de suertes?

GALVÁN       Con esa pesadumbre te diviertes  
              y no cuidas de nada,  
              y has de matar a Albano,  
              que de Laura el hermano  
              te tiene ya pagada  
              la mitad del dinero.

ENRICO       Sin blanca estoy; matar a Albano quiero.

GALVÁN        ¿Y aquesta noche Enrico,  
Cherinos y Escalante?  
Empresa es importante.

ENRICO        A ayudarlos me aplico.  
¿No han de robar la casa  
de Octavio el genovés?

GALVÁN        Aquesto pasa.

ENRICO        Pues yo seré el primero  
que suba a sus balcones.  
En tales ocasiones  
aventajarme quiero.  
Ve y diles que aquí aguardo.

GALVÁN        Volando voy, que en todo eres gallardo.

(Vase.)

ENRICO        Pues mientras ellos se tardan  
y el manto lóbrego aguardan,  
que su remedio ha de ser,  
quiero un viejo padre ver  
que aquestas paredes guardan.  
Cinco años ha que le tengo  
en una cama tullido,  
y tanto a estimarle vengo  
que con andar tan perdido  
a mi costa le mantengo.  
De lo que Celia me da  
o yo por fuerza le quito,  
traigo lo que puedo acá  
y su vida solicito,  
que acabando el curso va.  
De lo que de noche puedo,  
varias casas escalando,  
robar con cuidado o miedo  
voy su sustento aumentando  
y a veces sin él me quedo.  
Que esta virtud solamente  
en mi vida distraída  
conservo piadosamente,  
que es deuda al padre debida  
el serle el hijo obediente.  
En mi vida le ofendí  
ni pesadumbre le dí;  
en todo cuanto mandó  
obediente me halló  
desde el día que nací,  
que aquestas mis travesuras,  
mocedades y locuras  
nunca a saberlas llegó,  
que a saberlas, bien sé yo  
que aunque mis entrañas duras,  
de peña, al blando cristal  
opuesta fueron formadas  
y mi corazón igual  
a las fieras encerradas



en riscos de pedernal,  
que las hubiera atajado;  
pero siempre le he tenido  
donde de nadie informado  
ni un disgusto ha recibido  
de tantos como he causado.

(Descorre las cortinas de la alcoba y se ve a ANARETO dormido  
en una silla.)

Aquí está; quiérole ver.  
Durmiendo está, al parecer.  
¡Padre!

ANARETO (Despertando.)  
¡Mi Enrico querido!

ENRICO Del descuido que he tenido  
perdón espero tener  
de vos, padre de mis ojos.  
¿Heme tardado?

ANARETO No, hijo.

ENRICO No os quisiera dar enojos.

ANARETO En verte me regocijo.

ENRICO No el sol con celajes rojos  
saliendo a dar resplandor  
a la tiniebla mayor  
que espera tan alto bien,  
parece al día también,  
como vos a mí, señor;  
que vos para mí sois sol,  
y los rayos que arrojáis  
de ese divino arrebol  
son las canas con que honráis  
este reino.

ANARETO Eres crisol  
donde la virtud se apura.

ENRICO ¿Habéis comido?

ANARETO Yo, no.

ENRICO ¿Hambre tendréis?

ANARETO La ventura  
de mirarte me quitó  
la hambre.

ENRICO No me asegura,  
padre mío, esa razón,  
nacida de la afición  
tan grande que me tenéis;  
pero agora comeréis,  
que las dos pienso que son

de la tarde. Ya la mesa  
os quiero, padre, poner.

ANARETO De tu cuidado me pesa.

ENRICO Todo esto y más ha de hacer  
el que obediencia profesa.  
(Aparte. Del dinero que jugué  
un escudo reservé  
para comprar qué comiese,  
porque aunque al juego le pese  
no ha de faltarme esta fe).  
Aquí traigo en el lenzuelo,  
padre mío, qué comáis.  
Estimad mi justo celo.

ANARETO Bendito, Dios mío, seáis  
en la tierra y en el cielo  
pues que tal hijo me distes  
cuando tullido me vistes  
que mis pies y manos sea.

ENRICO Comed, porque yo lo vea.

ANARETO Miembros cansados y tristes,  
ayudadme a levantar.

ENRICO Yo, padre, os quiero ayudar.

ANARETO Fuerza me infunden tus brazos.

ENRICO Quisiera en estos abrazos  
la vida poderos dar.  
Y digo, padre, la vida  
porque tanta enfermedad  
es ya muerte conocida.

ANARETO La divina voluntad  
se cumpla.

ENRICO Ya la comida  
os espera. ¿Llegaré  
la mesa?

ANARETO No, hijo mío,  
que el sueño me vence.

ENRICO A fe,  
pues, dormid.

ANARETO Dádome ha un frío  
muy grande.

ENRICO Yo os llegaré  
la ropa.

ANARETO No es menester.

ENRICO Dormid.

ANARETO Yo, Enrico, quisiera  
por llegar siempre a temer  
que en viéndote es la postrera  
vez que te tengo que ver,  
porque aquesta enfermedad  
me trata con tal crueldad  
que quisiera que tomaras  
estado.

ENRICO ¿En eso reparas?  
Cúmplase tu voluntad.  
Mañana pienso casarme.  
(Quiero darle aqueste gusto.  
aunque finja.)

ANARETO Será darme la salud.

ENRICO Hacer es justo  
lo que tú puedes mandarme.

ANARETO Moriré, Enrico, contento.

ENRICO Darte gusto en todo intento,  
porque veas de esta suerte  
que por sólo obedecerte  
me sujeto al casamiento.

ANARETO Pues, Enrico, como viejo  
te quiero dar un consejo.  
No busques mujer hermosa,  
porque es cosa peligrosa  
ser en cárcel mal segura  
alcaide de una hermosura  
donde es la afrenta forzosa.  
Está atento, Enrico.

ENRICO Di.

ANARETO Y nunca entienda de ti  
que de su amor no te fías,  
que viendo que desconfías,  
todo lo ha de hacer así.  
Con tu mismo ser la iguala:  
ámala, sirve y regala,  
con celos no la des pena,  
que no hay mujer que sea buena  
si ve que piensas que es mala.  
No declares tu pasión  
hasta llegar la ocasión,  
y luego...  
(Se duerme.)

ENRICO Venciole el sueño,  
que es de los sentidos dueño,  
a dar la mejor lición.  
Quiero la ropa llegalle  
y de esta suerte dejalle  
hasta que repose. (Arrópale.)

(Llega GALVÁN.)

GALVÁN        Ya  
                 todo prevenido está,  
                 y mira que por la calle  
                 viene Albano.

ENRICO        ¿Quién?

GALVÁN        A quien la muerte has de dar.

ENRICO        ¿Pues yo he de ser tan tirano

GALVÁN        ¿Cómo?

ENRICO        ¿Yo lo he de matar  
                 por un interés liviano?

GALVÁN        ¿Ya tienes temor?

ENRICO        Galván,  
                 estos dos ojos, que están  
                 con este sueño cubiertos,  
                 por mirar que están despiertos  
                 aqieste temor me dan.  
                 No me atrevo, aunque mi nombre  
                 tiene su altivo renombre  
                 en las memorias escrito,  
                 intentar tan gran delito  
                 donde está durmiendo un hombre.

GALVÁN        ¿Quién es?

ENRICO        Un hombre eminente  
                 a quien temo solamente  
                 y en esta vida respeto;  
                 que para el hijo discreto  
                 es el padre muy valiente.  
                 Si conmigo le llevara  
                 siempre, nunca yo intentara  
                 los delitos que condeno,  
                 pues fuera su vista el freno  
                 que en la ocasión me tirara.  
                 Pero corre esa cortina;  
                 que el no verle podrá ser  
                 (pues mi favor hace mina)  
                 que rigor venga a tener  
                 si ahora a piedad me inclina.

GALVÁN        (Corre las cortinas.)  
                 Ya está corrida.

ENRICO        Galván  
                 ahora que no le veo  
                 ni sus ojos luz me dan,  
                 matemos, si es tu deseo,  
                 cuantos en el mundo están.

GALVÁN        Pues mira, que viene Albano,  
                 y que de Laura al hermano

que le des muerte conviene.

ENRICO        Pues él a buscarla viene,  
dale por muerto.

GALVÁN        Eso es llano.

ALBANO        (Cruzando el teatro.)  
El sol a poniente va,  
como va mi edad también,  
y con cuidado estará  
mi esposa.

(Vase.)[editar]

ENRICO        (Se ha quedado inmóvil, mirando a ALBANO al tiempo  
de salir.)  
¡Brazo, detén!

GALVÁN        ¿Qué aguardas, Enrico, ya?

ENRICO        Miro un hombre que es retrato  
y viva imagen de aquel  
a quien siempre de honrar trato;  
pues di, si aquí soy cruel,  
¿no seré a mi padre ingrato?  
Hoy de mis manos tiranas  
por ser viejo, Albano, ganas  
la cortesía que esperas,  
que son piadosas terceras,  
aunque mudas, esas canas.  
Vete libre, que repara  
mi honor (que así se declara,  
aunque mi opinión no cuadre)  
que pensara que a mi padre  
mataba si te matara.  
¡Ay canas! Los que aborrecen  
pocos las ofenderán,  
pues tan seguras se van  
cuando enemigas se ofrecen.

GALVÁN        ¡Vive Dios, que no te entiendo!  
Otro eres ya del que fuiste.

ENRICO        Poco mi valor ofendo.

GALVÁN        Darme la muerte pudiste.

ENRICO        No es eso lo que pretendo.  
A nadie temí en mi vida,  
varios delitos he hecho,  
he sido fiero homicida  
y no hay maldad que en mi pecho  
no tenga siempre acogida;  
pero en llegando a mirar  
las canas que supe honrar  
porque en mi padre las vi,  
todo el furor reprimí  
y las procuré estimar.  
Si yo supiera que Albano  
era de tan larga edad,  
nunca de Laura al hermano

prometiera tal crueldad.

GALVÁN      Respeto fue necio y vano.  
El dinero que te dio  
por fuerza habrás de volver,  
ya que Albano no murió.

ENRICO      Podrá ser.

GALVÁN      ¿Qué es podrá ser?

ENRICO      Podrá ser si quiero yo.

GALVÁN      Él viene.

(Sale OCTAVIO.)

OCTAVIO      A Albano encontré,  
vivo y sano como yo.

ENRICO      ¡Ya lo creo!

OCTAVIO      Y no pensé  
que la palabra que dio  
de matarle vuesasté  
no se cumpliera tan bien  
como se cumplió la paga.  
¿Esto es ser hombre de bien?

GALVÁN      (Aparte.) Éste busca que le den  
un bofetón con la daga.

ENRICO      No mato a hombres viejos yo,  
y si a voarcé le ofendió,  
vaya y mátele al momento,  
que yo quedo muy contento  
con la paga que me dio.

OCTAVIO      El dinero ha de volverme.

ENRICO      Váyase voarcé con Dios.  
No quiera enojado verme,  
que, ¡juro a Dios!...

(Sacan las espadas OCTAVIO y ENRICO y se acuchillan.)

GALVÁN      Ya los dos  
riñen: el diablo no duerme.

OCTAVIO      Mi dinero he de cobrar.

ENRICO      Pues yo no lo pienso dar.

OCTAVIO      Eres un gallina.

ENRICO      ¡Mientes!  
(Le hiera.)

OCTAVIO        ¡Muerto soy!

ENRICO        Mucho lo sientes.

GALVÁN        Hubiérase ido a acostar.

ENRICO        A hombres como tú, arrogantes,  
doy la muerte yo, no a viejos,  
que con canas y consejos  
vencen ánimos gigantes.  
Y si quisieras probar  
lo que llevo a sustentar,  
pide a Dios, si Él lo permite,  
que otra vez te resucite  
y te volveré a matar.

### **Llega el gobernador con sus hombres.[editar]**

Luego cambia el decorado, trasladando la escena a un bosque a la orilla del mar. PAULO y PEDRISCO, de bandoleros. Otros bandoleros que traen presos a tres caminantes.)

GOBERNADOR    (Dentro.)  
¡Prendedle! ¡Dadle muerte!

GALVÁN        Aquesto es malo;  
más de cien hombres vienen a prenderte  
con el Gobernador.

ENRICO        Vengan seiscientos.  
Si me prenden, Galván, mi muerte es cierta;  
si me defiendo, puede hacer mi dicha  
que no me maten y que yo me escape;  
y más quiero morir con honra y fama.  
Aquí está Enrico. ¿No llegáis, cobardes?

GALVÁN        Cercado te han por todas partes.

ENRICO        Cerquen;  
que vive Dios que tengo que arrojarme  
por entre todos.

GALVÁN        Yo tus pasos sigo.

ENRICO        Pues haz cuenta que César va contigo.

(Acometen al GOBERNADOR y los que le acompañan.)

GOBERNADOR    ¿Eres demonio?

ENRICO        Soy un hombre solo  
que huye de morir.

GOBERNADOR    Pues date preso  
y yo te libraré.

ENRICO        No pienso en eso.  
Así habéis de prenderme.  
(Lididiando.)

GALVÁN        Sois cobardes.

GOBERNADOR (Cayendo en brazos de los suyos.)  
¡Ay de mí! ¡Muerto soy!

UN ESBIRRO ¡Grande desdicha!  
¡Mató al Gobernador!

OTRO ¡Mala palabra!

(Vanse todos.)

ENRICO Ya aunque la tierra sus entrañas abra  
y en ellas me sepulte, es imposible  
que me pueda escapar; tú, mar soberbio,  
en tu centro me esconde; con la espada  
en la boca tengo de arrojarme.  
Tened misericordia de mi alma,  
Señor inmenso; que aunque soy tan malo  
no dejo de tener conocimiento  
de vuestra santa fe. Pero ¿qué hago?  
¿Al mar quiero arrojarme cuando dejo  
triste, afligido, un miserable viejo?  
Al padre de mi vida volver quiero  
y llevarle conmigo; a ser Eneas  
del viejo Anquises.

GALVÁN ¿Dónde vas? Detente.

UNA VOZ Seguidme por aquí.

GALVÁN Guarda tu vida.

ENRICO Perdonad, padre mío de mis ojos,  
al no poder llevaros en mis brazos,  
aunque en mi alma bien sé yo que os llevo.  
Sígueme tú, Galván.

GALVÁN Yo ya te sigo.

ENRICO Por tierra no podremos escaparnos.

GALVÁN Pues arrójame al mar.

ENRICO Su centro airado  
sea sepulcro mío. ¡Ay, padre amado!  
¡Cuánto siento el dejaros!

GALVÁN Ven conmigo.

ENRICO Cobarde soy, Galván, si no te sigo.  
**(Vanse.)**[\[editar\]](#)

BANDIDO PRIMERO A ti solo, Paulo fuerte,  
pues que ya todos te damos  
palabra de obedecerte,  
que sentencias esperamos  
estos tres a vida o muerte.

PAULO ¿Dejáronnos ya el dinero?

PEDRISCO Ni una blanca nos han dado.



PAULO           Pues, ¿qué aguardas, majadero?

PEDRISCO       Habémoselo quitado.

PAULO           ¿Qué ellos no lo dieron? Quiero  
sentenciar a todos tres.

PEDRISCO       Ya esperarnos ver lo que es.

CAMINANTE PRIMERO ¡Ten con nosotros piedad!

PAULO           De ese roble los colgad.

LOS TRES CAMINANTES ¡Gran señor!

PEDRISCO       Moved los pies,  
que seréis fruta extremada  
en esta selva apartada  
de todas aves rapantes.

PAULO           De esta crueldad no te espantes.

PEDRISCO       Yo no me espanto de nada.  
Porque verte ayer, señor,  
ayunar con tal fervor  
y en la oración ocupado  
en tu Dios arrebatado  
pedirle ánimo y favor  
para proseguir tu vida  
en tan grande penitencia,  
y en esta selva escondida  
verte hoy con tanta violencia  
capitán de forajida  
gente, matar pasajeros  
tras robarlos los dineros,  
¿qué más se puede esperar?  
Ya no me puedo espantar  
de nada.

PAULO           Los hechos fieros  
de Enrico imitar pretendo,  
y aun le quisiera exceder.  
Perdone Dios si le ofendo,  
que si uno al fin ha de ser,  
esto es justo y yo me entiendo.

PEDRISCO       Así al otro le decían  
que la escalera rodaba;  
otros que rodar le vían.

PAULO           Y a mí, que a Dios adoraba  
y por santo me tenía  
en este circunvecino  
monte, el globo cristalino,  
rompiendo el ángel veloz  
me llegase con su voz  
a dejar tan buen camino,  
dándome premio tan malo.  
Pues hoy verá el cielo en mí

si en las maldades no igualo  
a Enrico.

PEDRISCO        ¡Triste de ti!

PAULO            Fuego por la vista exhalo.  
Hoy, fieras, que en horizontes  
y en napolitanos montes  
hacéis dulce habitación,  
veréis que mi corazón  
vence a soberbios faetontes.  
Hoy, árboles que plumajes  
sois de la tierra, o salvajes  
por lo verde que os vestís,  
el huésped que recibís  
los hará varios ultrajes.  
Más que la naturaleza  
he de hacer por cobrar fama  
pues para mayor grandeza  
he de dar a cada rama  
cada día una cabeza.  
Vosotros dais, por ser graves,  
frutos al hombre suaves;  
mas yo con tales racimos  
pienso dar frutos opimos  
a las voladoras aves;  
en verano y en invierno  
será vuestro fruto eterno,  
y si pudiera hacer más,  
más hiciera.

PEDRISCO        Tú te vas  
gallardamente al infierno.

PAULO            Ve y cuélgalos al momento  
de un roble.

PEDRISCO        Voy como el viento.

CAMINANTE PRIMERO    ¡Señor!

PAULO            No me repliquéis,  
si acaso ver no queréis  
el castigo más violento.

PEDRISCO        Venís los tres.

CAMINANTE SEGUNDO    ¡Ay de mí!

PEDRISCO        Yo he de ser verdugo aquí,  
pues a mi dicha le plugo,  
para enseñar al verdugo  
cuando me ahorquen a mí.

**(Vanse PEDRISCO y todos los bandoleros, menos dos, llevándose a los caminantes.)**[\[editar\]](#)

PAULO            (Para sí.)  
Enrico, si desta suerte  
yo tengo de acompañarte  
y si te has de condenar  
contigo me has de llevar,

que nunca pienso dejarte.  
Palabra de un ángel fue;  
tu camino seguiré,  
pues cuando Dios, Juez eterno,  
nos condenare al infierno  
ya habremos hecho por qué.

UNA VOZ           (Dentro y cantando.)  
No desconfíe ninguno,  
aunque grande pecador,  
de aquella misericordia  
de que más se precia Dios.

PAULO           ¿Qué voz es ésa que suena?

BANDIDO PRIMERO    La gran multitud, señor,  
de esos robles nos impide,  
ver dónde viene la voz.

LA VOZ            Con firme arrepentimiento  
de no ofender al Señor  
llegue el pecador humilde,  
que Dios le dará perdón.

PAULO            Subid los dos por el monte  
y a ver si es algún pastor  
el que canta ese romance.

BANDIDO SEGUNDO    A verlo vamos los dos.

(Vanse.)

LA VOZ            Su Majestad Soberana  
da Voces al pecador  
porque le llegue a pedir  
lo que ninguno negó.

(Un PASTORCILLO, que aparece en lo alto de un monte tejiendo una corona de flores.)

PAULO            Baja, baja, pastorcillo,  
que ya estaba, ¡vive Dios!,  
confuso con tus razones,  
admirado con tu voz.  
¿Quién te enseñó ese romance,  
que le escucho con temor,  
que parece que en ti habla  
mi propia imaginación?

PASTORCILLO        Ese romance que he dicho  
Dios, señor, me lo enseñó.

PAULO            ¿Dios?

PASTORCILLO        O la Iglesia, su esposa,  
a quien en la tierra dio  
poder suyo.

PAULO            Bien dijiste.

PASTORCILLO        Advierte que creo en Dios  
a pie juntillas y sé,  
aunque rústico pastor,  
todos los diez mandamientos,  
preceptos que Dios nos dio.

PAULO                ¿Y Dios ha de perdonar  
a un hombre que le ofendió  
con obras y con palabras  
y pensamientos?

PASTORCILLO        ¿Pues no?  
Aunque sus ofensas sean  
más que hay átomos del sol,  
y que estrellas tiene el cielo,  
y rayos la luna dio,  
y peces el mar salado  
en sus cóncavos guardó.  
Ésta es su misericordia,  
que con decirle al Señor:  
«Pequé, pequé muchas veces»,  
le recibe al pecador  
en sus amorosos brazos,  
que, en fin, hace como Dios.  
Porque si no fuera aquesto,  
cuando a los hombres crió  
no los criara sujetos  
a su frágil condición.  
Porque si Dios, sumo Bien,  
de nada al hombre formó,  
para ofrecerle su gloria  
no fuera ningún blasón  
en Su Majestad divina  
darle aquella imperfección.  
Diole Dios libre albedrío  
y fragilidad le dio  
al cuerpo y al alma; luego  
dio potestad con acción  
de pedir misericordia,  
que a ninguno le negó.  
De modo que, si pecando  
el hombre, el justo rigor  
procediera contra él,  
fuera el número menor  
de los que en el sacro alcázar  
están contemplando a Dios.  
La fragilidad del cuerpo  
es grande; que en una acción,  
en un mirar solamente  
con deshonesto afición,  
se ofende a Dios; de ese modo,  
porque este triste ofensor,  
con la imperfección que tuvo  
le ofende una vez o dos,  
¿se había de condenar?  
No, señor, aqueso no;  
que es Dios misericordioso  
y estima al más pecador,  
porque todos igualmente  
le costaron el sudor

que sabéis, y aquella sangre  
que liberal derramó  
haciendo un mar a su cuerpo,  
que amoroso dividió  
en cinco sangrientos ríos;  
que su espíritu formó  
nueve meses en el vientre  
de aquella que mereció  
ser Virgen cuando fue Madre,  
y claro oriente del sol,  
que como clara vidriera  
sin que se rompiese en dos.  
Y si os guiáis por ejemplos,  
decid: ¿No fue pecador  
Pedro y mereció después  
ser de las almas pastor?  
Mateo, su coronista,  
¿no fue también su ofensor?,  
y luego, ¿no fue su apóstol  
y tan gran cargo le dio?  
¿No fue pecador Francisco?  
Luego, ¿no le perdonó  
y a modo de honrosa empresa  
en su cuerpo le imprimió  
aquellas llagas divinas  
que le dieron tanto honor,  
dignándole de tener  
tan excelente blasón?  
¿La pública pecadora  
Palestina no llamó  
a Magdalena y fue santa  
por su santa conversión?  
Mil ejemplos os dijera  
a estar despacio, señor;  
más mi ganado me aguarda  
y ha mucho que ausente estoy.

PAULO                   Tente, Pastor; no te vayas.

PASTORCILLO           No puedo tenerme, no,  
que ando por aquellos valles  
recogiendo con amor  
una ovejuela perdida  
que del rebaño se huyó;  
y esta corona que veis  
hacerme con tanto amor  
es para ella, si parece,  
porque hacérmela mandó  
el mayoral, que la estima  
del modo que le costó.  
Que el que a Dios tiene ofendido,  
pídale perdón a Dios,  
porque es, señor, tan piadoso,  
que a ninguno le negó.

PAULO                   Aguarda, Pastor.

PASTORCILLO           No puedo.

PAULO                   Por fuerza te tendré yo.

PASTORCILLO       Será detenerme a mí  
                          para el curso del sol.

**(Vásele de entre las manos.)**[editar]

PAULO       Este pastor me ha avisado  
                  en su forma peregrina,  
                  no humana, sino divina,  
                  que tengo a Dios enojado  
                  por haber desconfiado  
                  de su piedad (¡claro está!)  
                  y con ejemplos me da  
                  a entender piadosamente  
                  que el hombre que se arrepiente  
                  perdón en Dios hallará.  
                  Pues si Enrico es pecador,  
                  ¿no puede también hallar  
                  perdón? Ya vengo a pensar  
                  que ha sido grande mi error.  
                  Mas, ¿cómo dará el Señor  
                  perdón a quien tiene nombre,  
                  ¡ay de mí!, del más mal hombre  
                  que en este mundo ha nacido?  
                  Pastor que de mí has huido,  
                  no te espante que me asombre.  
                  Si él tuviera algún intento  
                  de tal vez arrepentirse,  
                  bien pudiera recibirse  
                  lo que por engaño siento,  
                  y yo viviera contento.  
                  ¿Por qué, pastor, queréis vos  
                  que en la clemencia de Dios  
                  halle su remedio medio?  
                  Alma, ya no hay más remedio  
                  que el condenarnos los dos.

PEDRISCO       (Saliendo.)  
                  Escucha, Paulo, y sabrás,  
                  aunque de ello ajeno estás,  
                  y lo atribuyas a engaño,  
                  el suceso más extraño  
                  que tú habrás visto jamás.  
                  En esa verde ribera  
                  de tantas fieras aprisco,  
                  donde el cristal reverbera  
                  cuando el afligido risco  
                  su tremendo golpe espera  
                  después de dejar colgados  
                  aquellos tres desdichados  
                  estábamos Celio y yo,  
                  cuando una voz que se oyó  
                  nos dejó medio turbados.  
                  ¡Que me ahogo!, dijo, y vimos  
                  cuando la vista tendimos  
                  dos hombres nadar valientes  
                  (con espada entre los dientes  
                  uno), y a sacarlos fuimos.  
                  Como en el mar hay tormenta,  
                  y está de sangre sedienta,  
                  para anegarlos bramaba;  
                  ya en las estrellas los clava,

ya en su centro los asienta.  
En los cristales no helados  
las dos cabezas se vían  
de aquellos dos desdichados,  
y las olas parecían  
ser tablas de degollados.  
Llegaron al fin, mostrando  
el valor que significo;  
mas por no estarte cansando,  
has de saber que es Enrico  
el uno.

PAULO        Estoy lo dudando.

PEDRISCO     No lo dudes, pues yo llego  
a decirlo, y no estoy ciego.

PAULO        ¿Vístele tú?

PEDRISCO     Vile yo.

PAULO        ¿Qué hizo al salir?

PEDRISCO     Echó  
un ¡por vida! y un reniego  
para remojar el fuego.  
Mira qué gracias le daba  
a Dios, que así le libraba.

PAULO        ¡Y dirá ahora el pastor  
que le ha de dar el Señor  
perdón! El juicio me acaba.  
Mas poco puedo perder,  
pues aquí le llego a ver,  
en probarle la intención.

PEDRISCO     Ya le trae tu escuadrón.

PAULO        Pues oye lo que has de hacer.  
(Habla aparte con PEDRISCO.)

(Entran ENRICO y GALVÁN mojados y las manos atadas,  
conducidos por bandoleros.)

ENRICO        ¿Dónde me lleváis así?

BANDOLERO PRIMERO    El capitán está aquí,  
que la respuesta os dará.

PAULO (A PEDRISCO.)    Haz esto.

PEDRISCO     Todo se hará.

(Vase PAULO.)

BANDIDO PRIMERO    Pues ¿vase el capitán?

PEDRISCO     Sí.

¿Dónde iban vuestras mercedes,  
que en tan gran peligro dieron  
como es caminar por agua?  
¿No responden?

ENRICO            Al infierno.

PEDRISCO        Pues ¿quién le mete en cansarse,  
cuando hay diablos tan ligeros  
que le llevarán de balde?

ENRICO            Por agradecerles menos.

PEDRISCO        Habla voercé muy bien,  
y hace muy a lo discreto  
en no agradecer al diablo  
cosa que haga a su provecho.  
¿Cómo se llama voarcé?

ENRICO            Llámome el diablo.

PEDRISCO        Y por eso  
se quiso arrojar al mar,  
para remojar el fuego.  
¿De dónde es?

ENRICO            Si de cansado  
de reñir con agua y viento  
no arrojara al mar la espada,  
yo os respondiera bien presto  
a vuestras necias preguntas  
con los filos de su acero.

PEDRISCO        Oiga, hidalgo, no se atufe  
ni nos eche tantos retos;  
que juro a Dios si me enojo  
que le barrene ese cuerpo  
más de setecientas veces,  
sin la que en su nacimiento  
barrenó naturaleza.  
Y ha de advertir que está preso,  
y que si es valiente, yo  
soy valiente como un Héctor;  
y que si él ha hecho muertes,  
sepa que también yo he muerto  
muchas hambres y candiles  
y muchas pulgas a tienta.  
Y si es ladrón, soy ladrón,  
y soy el demonio mesmo,  
y ¡por vida!...

BANDIDO PRIMERO    Bueno está.

ENRICO            ¿Esto sufro y no me avengo?

PEDRISCO        Ahora ha de quedar atado  
a un árbol.

ENRICO            No me defiendo;  
haced de mí vuestro gusto.



PEDRISCO (A GALVÁN.) Y a él también.

GALVÁN (Aparte.) De esta vez muero.

PEDRISCO Si son como vuestra cara,  
(A GALVÁN.) vos tenéis bellacos hechos.

Ea, llegadlos a atar,  
que el capitán gusta de ello.  
(A ENRICO.) ¡Llegad al árbol!

ENRICO ¡Que así  
me quiera tratar el cielo!...

**(Atán a un árbol a ENRICO, y después a GALVÁN.)**[editar]

PEDRISCO ¡Llegad vos!

GALVÁN ¡Tened piedad!

PEDRISCO Vendadle los ojos quiero  
con las ligas a los dos.

GALVÁN ¿Viose tan extraño aprieto?  
Mire vuesarcé que yo  
vivo de su oficio mesmo,  
y que soy ladrón también.

PEDRISCO Ahorrrará con aquesto  
de trabajo a la justicia  
y al verdugo de contento.

BANDIDO PRIMERO Ya están vendados y atados.

PEDRISCO Las flechas y arcos tomemos,  
y dos docenas no más  
clavemos en cada cuerpo.

BANDIDO PRIMERO Vamos,

PEDRISCO (Bajo a los bandidos.)  
Aquesto es fingido  
nadie los ofenda.

BANDIDO PRIMERO Creo  
que el capitán los conoce.

PEDRISCO Vamos, y así los dejemos.

(Vanse.)

GALVÁN Ya se van a asaetearnos.

ENRICO Pues no por aqueso pienso  
mostrar flaqueza ninguna.

GALVÁN Ya me parece que siento  
una jara en estas tripas.

ENRICO Vénguese en mí el justo cielo,  
que quisiera arrepentirme

y cuando quiero no puedo.

(PAULO, de ermitaño, con cruz y rosario.)

PAULO           Con esta traza he querido  
probar si ese hombre se acuerda  
de Dios, a quien ha ofendido.

ENRICO           ¡Que un hombre la vida pierda  
me parece que es saeta!

GALVÁN           ¡Cada mosquito que pasa  
me parece que es saeta!

ENRICO           El corazón se me abrasa.  
¡Que mi fuerza esté sujeta  
a fortuna, en todo escasa!

PAULO           ¡Alabado sea el Señor!

ENRICO           ¡Sea por siempre alabado!

PAULO           Sabed con vuestro valor  
llevar este golpe airado  
de fortuna.

ENRICO           ¡Gran rigor!  
¿Quién sois vos que así me habláis?

PAULO           Un monje que este desierto,  
donde la muerte esperáis,  
habita.

ENRICO           Bueno, por cierto.  
Y ahora, ¿qué nos mandáis?

PAULO           A los que al roble os ataron  
y a mataros se apartaron  
supliqué con humildad  
que ya que con tal crueldad  
de datos muerte trataron,  
que me dejasen llegar  
a hablaros.

ENRICO           ¿Y para qué?

PAULO           Por si os queréis confesar,  
pues seguís de Dios la fe.

ENRICO           Pues bien se puede tornar,  
padre, o lo que es.

PAULO           ¿Qué decís?  
¿No sois cristiano?

ENRICO           Sí, soy.

PAULO           No lo sois, pues no admitís  
el último bien que os doy.

¿Por qué no lo recibís?

ENRICO            Porque no quiero.

PAULO (Aparte.)    ¡Ay de mí!  
                         Esto mismo presumí.)  
                         ¿No veis que os han de matar  
                         ahora?

ENRICO            ¿Quiere callar,  
                         hermano, y dejarme aquí?  
                         Si esos señores ladrones  
                         me dieron muerte, aquí estoy.

PAULO (Aparte.)    ¡En qué grandes confusiones  
                         tengo el alma!

ENRICO            Yo no doy  
                         a nadie satisfacciones.

PAULO            A Dios, sí.

ENRICO            Si Dios ya sabe  
                         que soy tan gran pecador,  
                         ¿para qué?

PAULO            ¡Delito grave!  
                         Para que su sacro amor  
                         de darle perdón acabe.

ENRICO            Padre, lo que nunca he hecho  
                         tampoco he de hacer ahora.

PAULO            Duro peñasco es su pecho.

ENRICO            Galván, ¿qué hará la señora Celia?

GALVÁN            Puesto en tanto estrecho  
                         ¿quién se ha de acordar de nada?

PAULO            No se acuerde de esas cosas.

ENRICO            Padre mío, ya me enfada.

PAULO            ¿Estas palabras piadosas  
                         le ofenden?

ENRICO            Cosa es cansada,  
                         pues si no estuviera atado,  
                         ya yo lo hubiera arrojado  
                         de una coz dentro del mar.

PAULO            Mire que le han de matar.

ENRICO            Ya estoy de aguardar cansado.

GALVÁN            Padre, confiéseme a mí,  
                         que ya pienso que estoy muerto.

ENRICO            Quite esta liga de aquí, padre.

PAULO            Sí haré, por cierto.  
(Les quita la venda.)

ENRICO           Gracias a Dios que ya vi.

GALVÁN           Y yo también.

PAULO           En buen hora;  
vuelvan la vista ahora  
a los que a matarlos vienen.

**(Entran bandoleros con escopetas y ballestas.)**[\[editar\]](#)

ENRICO           ¿Pues para qué se detienen?

PEDRISCO        Pues que ya su fin no ignora,  
digo, ¿por qué no confiesa?

PAULO           No me quiero confesar.

PEDRISCO        Celio, el pecho le atraviesa

PAULO           Dejad que le vuelva a hablar.  
Desesperación es ésa.

PEDRISCO        ¡Ea, llegadle a matar!

PAULO           ¡Deteneos! (¡Triste pena!)  
Porque si éste se condena,  
¿me queda más que dudar?

ENRICO           Cobardes sois. ¿No llegáis  
y puerta a mi pecho abris?

PEDRISCO        De esta vez no os detengáis.

PAULO           Aguardad, que si le herís  
más confuso me dejáis.  
¡Mira que eres pecador, hijo!

ENRICO           Y del mundo el mayor:  
ya lo sé.

PAULO           Tu bien espero.  
Confiésate a Dios.

ENRICO           No quiero,  
cansado predicador.

PAULO           Pues salga del pecho mío,  
si no dilatado río  
de lágrimas, tanta copia,  
que se anegue el alma propia,  
pues ya de Dios desconfío.  
Dejad de cubrir, sayal,  
mi cuerpo, pues está mal,  
según siente el corazón,  
una rica guarnición  
sobre tan falso cristal.  
(Desnúdase el saco de ermitaño.)

En mis torpezas resbalo  
y a la culebra me igualo  
mas mi parecer condeno,  
porque yo desecho el bueno,  
mas ella desecha el malo.  
Mi adverso fin no resisto,  
pues mi desventura he visto,  
y da claro testimonio  
el vestirme de demonio  
y el desnudarme de Cristo.  
Colgad ese saco ahí  
para que diga (¡ay de mí!):  
«En tal puesto me colgó  
Paulo que no mereció  
la gloria que encierro en mí.»  
Dadme la daga y la espada;  
esa cruz podéis tornar;  
ya no hay esperanza en nada,  
pues no me sé aprovechar  
de aquella sangre sagrada.  
Desatadlos.

(Los bandoleros sueltan a ENRICO y GALVÁN.)

ENRICO            Ya lo estoy,  
y lo que he visto no creo.

GALVÁN            Gracias a los cielos doy.

ENRICO            Saber la verdad deseo.

PAULO            ¡Qué desdichado que soy!  
¡Ah, Enrico! Nunca nacieras;  
nunca tu madre te echara,  
donde dejando la luz  
fuiste de mis males causa;  
o pluguiera a Dios que ya  
que infundido el cuerpo y alma  
saliste a luz, en sus brazos  
te diera la muerte un ama,  
un león te deshiciera,  
un oso despedazara  
tus tiernos miembros entonces,  
o cayeras en tu casa  
del más altivo balcón,  
primero que a mi esperanza  
hubieras cortado el hilo.

ENRICO            Esta novedad me espanta.

PAULO            Yo soy Paulo, un ermitaño,  
que dejé mi amada patria  
de poco más de quince años,  
y en esta oscura montaña  
otros diez serví al Señor.

ENRICO            ¡Qué ventura!

PAULO            ¡Qué desgracia!

Un ángel, rompiendo nubes  
y cortinas de oro y plata,  
preguntándole yo a Dios  
qué fin tendría. «Repara  
(me dijo): ve a la ciudad,  
y verás a Enrico (¡ay alma!),  
hijo del noble Anareto,  
que en Nápoles tiene fama.  
Advierte bien en sus hechos,  
y contempla en sus palabras;  
que si Enrico al cielo fuere,  
el cielo también te aguarda;  
y si al infierno, el infierno.»  
Yo entonces imaginaba  
que era algún santo a queste Enrico;  
pero los deseos se engañan.  
Fui allá, vite luego al punto,  
y de tu boca y por fama  
supe que eras el peor hombre  
que en todo el mundo se halla.  
Y ansí, por tener tu fin,  
quitame el saco, y las armas  
tomé, y el cargo me dieron  
de esta forajida escuadra.  
Quise probar tu intención,  
por saber si te acordabas  
de Dios en tan fiero trance  
pero saliome muy vana.  
Volví a desnudarme aquí,  
como viste, dando al alma  
nuevas tan tristes, pues ya  
la tiene Dios condenada.

ENRICO

Las palabras que Dios dice  
por un ángel, son palabras,  
Paulo amigo, en que se encierran  
cosas que el hombre no alcanza.  
No dejara yo la vida  
que seguías, pues fue causa  
de que quizá te condenes  
el atreverte a dejarla.  
Desesperación ha sido  
lo que has hecho, y aun venganza  
de la palabra de Dios  
y una oposición tirana  
a su inefable poder;  
y al ver que no desenvaina  
la espada de su justicia  
contra el rigor de tu causa,  
veo que tu salvación  
desea; mas ¿qué no alcanza  
aquella piedad divina,  
blasón de que más se alaba?  
Yo soy el hombre más malo  
que naturaleza humana  
en el mundo ha producido;  
el que nunca habló palabra,  
sin juramento; el que a tantos  
hombres dio muertes tiranas;  
el que nunca confesó

sus culpas, aunque son tantas;  
el que jamás se acordó  
de Dios y su Madre santa;  
ni aún ahora lo hiciera,  
con ver puestas las espadas  
a mi valeroso pecho;  
mas siempre tengo esperanza  
en que tengo de salvarme;  
puesto que no va fundada  
mi esperanza en obras mías,  
sino en saber que se humana  
Dios con el más pecador  
y con su piedad se salva.  
Pero ya, Paulo, que has hecho  
ese desatino, traza  
de que alegres y contentos  
los dos en esta montaña  
pasemos alegre vida,  
mientras la vida se acaba.  
Un fin ha de ser el nuestro;  
si fuere nuestra desgracia  
el carecer de la gloria  
que Dios al bueno señala,  
mal de muchos, gozo es;  
pero tengo confianza  
en su piedad, porque siempre  
vence a su justicia sacra.

PAULO            Consolado me has un poco.

GALVÁN           Cosa es por Dios que me espanta.

PAULO            Vamos donde descanséis.

ENRICO           (Aparte.)  
(¡Ay, padre de mis entrañas!)  
Una joya, Paulo amigo,  
en la ciudad olvidada  
se me queda, y aunque temo  
el rigor que me amenaza,  
si allá vuelvo he de ir por ella  
pereciendo en la demanda.  
Un soldado de los tuyos  
irá conmigo.

PAULO            Pues vaya  
Pedrisco, que es animoso.

PEDRISCO        Por Dios, que ya me espantaba  
que no encontraba conmigo.

PAULO            Dadle la mejor espada  
a Enrico, y en esas yeguas  
que al ligero viento igualan,  
os pondréis allá en dos horas.

GALVÁN           Yo me quedo en la montaña  
a hacer tu oficio. (A PEDRISCO.)

PEDRISCO        (A GALVÁN.) Yo voy

donde paguen mis espaldas  
los delitos que tú has hecho.

ENRICO            ¡Adiós, amigo!

PAULO            Ya basta  
el nombre para abrazarte.

ENRICO            Aunque malo, confianza  
tengo en Dios.

PAULO            Yo no la tengo,  
cuando son mis culpas tantas.  
Muy desconfiado soy.

ENRICO            Aquesta desconfianza  
te tiene de condenar.

PAULO            Ya lo estoy; no importa nada.  
¡Ah Enrico! Nunca nacieras.

ENRICO            Es verdad; mas la esperanza  
que tengo en Dios, ha de hacer  
que haya piedad de mi causa.

Cárcel con rejas en el fondo, por donde se ve una calle.

PEDRISCO            ¡Buenos estamos los dos!

ENRICO            ¿Qué diablos estás llorando?

PEDRISCO            ¿Qué diablos he de llorar?  
¿No puedo yo lamentar  
pecados que estoy pagando  
sin culpa?

ENRICO            ¿Hay vida como ésta?

PEDRISCO            ¡Cuerpo de Dios con la vida!

ENRICO            ¿Fáltate aquí la comida?  
¿No tienes la mesa puesta  
a todas horas?

PEDRISCO            ¿Qué importa  
que la mesa llegue a ver  
sino hay nada que comer?

ENRICO            De necesidades acorta.

PEDRISCO            Alarga tú de comida.

ENRICO            ¿No sufrirás como yo?

PEDRISCO            Que pague aquel que pecó  
es sentencia conocida;  
pero yo que no pequé,  
¿por qué tengo de pagar?



ENRICO                    Pedrisco, ¿quieres callar?

PEDRISCO                Enrico, yo callaré;  
pero la hambre al fin hará  
que hable el que muerto se vio  
que calle aquel que habló  
más que un correo.

ENRICO                    ¡Que ya  
piensas que no has de salir  
de la cárcel!

PEDRISCO                Error fue.  
Desde el día que aquí entré  
he llegado a presumir  
que hemos de salir los dos...

ENRICO                    ¿Pues de qué estamos turbados?

PEDRISCO                Para ser ajusticiados,  
sino lo remedia Dios.

ENRICO                    No hayas miedo.

PEDRISCO                Bueno está:  
pero teme el corazón  
que hemos de danzar sin son.

ENRICO                    Mejor la suerte lo hará.

(Aparecen CELIA y su criada, LIDORA, que se detienen ante la reja de la prisión.)

CELIA                      No quisiera que las dos,  
aunque a nadie tengo miedo,  
fuéramos juntas.

LIDORA                    Bien puedo,  
pues soy criada, ir con vos.

ENRICO                    Quedo, que Celia es aquésta.

PEDRISCO                ¿Quién?

ENRICO                    Quien más que a sí me adora.  
Mi remedio llega ahora.

PEDRISCO                Bravamente me molesta la hambre.

ENRICO                    ¿Tienes acaso  
en qué echar todo el dinero  
que ahora de Celia espero?

PEDRISCO                Con toda la hambre que paso  
me he acordado, ¡vive Dios!,  
de un talego que aquí tengo.

ENRICO                    Pequeño es.

PEDRISCO                A pensar vengo

que estamos locos los dos:  
tú en pedirla, en darle yo.

ENRICO            ¡Celia hermosa de mi vida!

CELIA            (Aparte.)  
¡Ay de mí, que soy perdida!  
Enrico es el que llamó.  
¡Señor Enrico!

PEDRISCO        ¿Señor?  
No es buena tanta crianza.

ENRICO            Yo no tenía esperanza,  
Celia, de tan gran favor.

CELIA            ¿En qué puedo yo servirlos?  
¿Cómo estáis, Enrico?

ENRICO            Bien,  
y ahora mejor, pues ven,  
a costa de mil suspiros,  
mis ojos los tuyos graves.

CELIA            Yo os quiero dar...

PEDRISCO        ¡Linda cosa!  
¡Oh, qué mujer tan hermosa!  
¡Qué palabras tan suaves!  
Alto prevengo el talego;  
pienso que no ha de haber...

ENRICO            Celia, quisiera saber  
qué me das.

CELIA            Darete luego,  
para que salgas de afán...

ENRICO            (A PEDRISCO.)  
Ya lo ves.

PEDRISCO        Tu dicha es llama.

CELIA            Las nuevas de que mañana  
a ajusticiaros saldrán.

PEDRISCO        El talego está ya lleno  
otro es menester buscar.

ENRICO            ¡Que aquesto llegue a escuchar!  
¡Celia, escucha!

PEDRISCO        ¡Aquesto es bueno!

CELIA            Ya estoy casada.

ENRICO            ¿Casada?  
¡Vive Dios!

PEDRISCO        ¡Tente!

ENRICO           ¿Qué aguardo?  
¿Con quién, Celia?

CELIA            Con Lisardo  
y estoy muy bien empleada.

ENRICO           Matarele.

CELIA            Dejaos de eso  
y poneos bien con Dios,  
que es lo que os importa a vos.

LIDORA          Vamos, Celia.

ENRICO          Pierdo el seso.  
Celia, mira...

CELIA            Estoy de prisa.

PEDRISCO        Por Dios, que estoy por reírme.

CELIA            Ya sé que queréis decirme  
que se os diga alguna misa.  
Yo lo haré, quedad con Dios.

ENRICO          ¡Quién rompiera aquestas rejas!

LIDORA          No escuches, Celia, más quejas,  
vámonos de aquí las dos.

ENRICO          ¡Que esto sufro! ¿Hay tal crueldad?

PEDRISCO        Lo que pesa este talego.

CELIA            ¡Qué braveza!

ENRICO          Yo estoy ciego.  
¿Hay tan grande libertad?

(Vanse CELIA y LIDORA.)[\[editar\]](#)

---

PEDRISCO        Yo no entiendo la moneda  
que hay en aqueste talego,  
que, ¡vive Dios!, que no pesa  
una paja.

ENRICO          ¡Santos cielos!  
¡Que aquestas afrentas sufra!  
¿Cómo no rompo estos hierros?  
¿Cómo estas rejas no arranco?

PEDRISCO        ¡Detente!

ENRICO          ¡Déjame, necio!  
¡Vive Dios que he de romperlas  
y he de castigar mis celos!

PEDRISCO            Los porteros vienen.

ENRICO            Vengan.

PORTERO PRIMERO    (Entrando.)  
¿Ha perdido acaso el seso  
el homicida ladrón?

ENRICO            Moriré si no me vengo.  
De mi cadena haré espada.

PEDRISCO            Que te detengas te ruego.

PORTERO PRIMERO    ¡Asíle, matadle, muera!

ENRICO            Hoy veréis, infames presos,  
de los celos el poder  
en desesperados pechos.

(Rompe la cadena y corre fuera de la escena tras los porteros y los presos.)

PORTERO SEGUNDO    (Volviendo.)  
Un eslabón me alcanzó  
y dio conmigo en el suelo.

ENRICO            (Volviendo.)  
¿Por qué, cobardes, huís?

PEDRISCO            Un portero deja muerto.

VOCES DENTRO        ¡A matarle!

ENRICO            ¿Qué es matar?  
A falta de noble acero  
no es mala aquesta cadena  
con que mis agravios vengo.  
¿Para qué de mí huís?

PEDRISCO            Al alboroto y estruendo  
se ha levantado el alcaide.

ALCAIDE            (Entrando.)  
¡Hola! ¡Teneos! ¿Qué es esto?

(Los carceleros se apoderan de ENRICO.)

PORTERO SEGUNDO    Ha muerto aquese ladrón  
a Fidelio.

ALCAIDE            ¡Vive el cielo,  
que a no saber que mañana,  
dando público escarmiento,  
has de morir ahorcado,  
que hiciera en tu aleve pecho  
mil bocas con esta daga.

ENRICO            ¡Que esto sufro, Dios eterno!  
¡Que me maltraten así!

Fuego por los ojos vierto  
No pienses, alcaide infame,  
que te tengo algún respeto  
por el oficio que tienes,  
sino porque más no puedo,  
que a poder, ¡ah cielo airado!,  
entre mis brazos soberbios  
te hiciera dos mil pedazos,  
y despedazado el cuerpo  
me le comiera a bocados  
y que no quedara, pienso,  
satisfecho de mi agravio.

ALCAIDE           Mañana, a las diez, veremos  
si es más valiente un verdugo  
que todos vuestros aceros.  
Otra cadena le echad.

ENRICO           Eso sí, vengan más hierros,  
que de hierros no se escapa  
hombre que tantos ha hecho.

ALCAIDE           Metedle en un calabozo.

ENRICO           Aquese sí es justo premio,  
que hombre de Dios enemigo  
no es justo que mire el cielo.

(Llévanle.)

PEDRISCO           ¡Pobre y desdichado Enrico!

PORTERO SEGUNDO    Más desdichado es el muerto,  
que el cadenazo cruel  
le echó en la tierra los sesos.

PEDRISCO           Ya quieren dar la comida.

VOZ                (Dentro.)  
Vayan llegando mancebos  
por la comida.

PEDRISCO           En buen hora,  
porque mañana sospecho  
que han de anudarme el tragar  
y será acertado medio  
que lleve la alforja hecha  
para que allá convidemos  
a los demonios magnates  
a la entrada del infierno.

(Cámbiase la decoración y se ve el calabozo donde está ENRICO.)

ENRICO           En lóbrega confusión,  
ya, valiente Enrico, os veis,  
pero nunca desmayéis;  
tened fuerte corazón,  
porque aquesta es la ocasión

en que tenéis de mostrar  
el valor que os ha de dar  
nombre altivo, ilustre fama.  
Mirad...

UNA VOZ           (Dentro.)  
¡Enrico!

ENRICO           ¿Quién llama?  
Esta voz me hace temblar.  
Los cabellos erizados  
pronostican mi temor;  
mas, ¿dónde está mi valor?  
¿Dónde mis hechos pasados?

LA VOZ           ¡Enrico!

ENRICO           Muchos cuidados  
siente el alma. ¡Cielo santo!  
¿Cuya es voz que tal espanto  
infunde en el alma mía?

LA VOZ           ¡Enrico!

ENRICO           A llamar porfía.  
De mi flaqueza me espanto.  
A esta parte la voz suena  
que tanto temor me da.  
¿Si es algún preso que está  
amarrado a la cadena?  
¡Vive Dios!, que me da pena.

DEMONIO         (Invisible para ENRICO.)  
Tu desgracia lastimosa  
siento.

ENRICO           ¡Qué confuso abismo!  
No me conozco a mí mismo,  
y el corazón no reposa.  
Las alas está batiendo  
con impulso de temor.  
Enrico, ¿éste es el valor?  
Otra vez se oye el estruendo.

DEMONIO         Librarte, Enrico, pretendo.

ENRICO           ¿Cómo te puedo creer,  
voz, sino llego a saber  
quién eres y a dónde estás?

DEMONIO         Pues ahora me verás.

(Aparécele como en forma de una sombra.)

ENRICO           Ya no te quisiera ver.

DEMONIO         No temas.

ENRICO           Un sudor frío

por mis venas se derrama.

DEMONIO            Hoy cobrarás nueva fama.

ENRICO            Poco de mis fuerzas fío.  
No te acerques.

DEMONIO            Desvarío  
es el temer la ocasión.

ENRICO            Sosiégate, corazón.

(A una señal del DEMONIO se abre un portillo en la pared.)[\[editar\]](#)

---

DEMONIO            ¿Ves aquel postigo?

ENRICO            Sí.

DEMONIO            Pues salte por él, y así  
no estarás en la prisión.

ENRICO            ¿Quién eres?

DEMONIO            Salte al momento,  
y no preguntes quién soy,  
que yo también preso estoy,  
y que te libres intento.

ENRICO            ¿Qué me dices, pensamiento?  
¿Librarme? Claro está.  
Aliento el temor me da  
de la muerte que me aguarda.  
Voyme. Mas, ¿quién me acobarda?  
Mas otra voz suena ya.

(Cantan dentro.)

Detén él paso violento,  
mira que te está mejor  
que de la prisión librarte,  
el estarte en la prisión.

ENRICO            Al revés me ha aconsejado  
la voz que en el aire he oído,  
pues mi paso ha detenido,  
si tú le has acelerado.  
Que me está bien he escuchado  
el estar en la prisión.

DEMONIO            Esa, Enrico, es ilusión  
que te representa el miedo.

ENRICO            Yo he de morir si me quedo.  
quiérome ir; tienes razón.

(Cantan.)

Detente, engañado Enrico,  
no huyas de la prisión;  
Pues morirás si salieres,  
y si te estuvieras, no.

ENRICO           Que si salgo he de morir,  
y si quedo viviré,  
dice la voz que escuché.

DEMONIO           ¿Que al fin no te quieres ir?  
.....

ENRICO           Quedarme es mucho mejor.

DEMONIO           Atribúyelo a temor;  
pero, pues tan ciego estás,  
quédate preso, y verás  
cómo te ha estado peor.

(Vase.)

ENRICO           Desapareció la sombra  
y confuso me dejó.  
¿No es éste el portillo? No.  
Este prodigio me asombra.  
¿Estaba ciego yo o vi  
en la pared un portillo?  
Pero yo me maravillo  
del gran temor que hay en mí.  
¿No puedo salirme yo?  
Sí; bien me puedo salir.  
Pues ¿cómo?..., que he de morir  
la voz me atemorizó.  
Algún gran daño se infiere  
de lo turbado que fui.  
No importa, ya estoy aquí  
para el mal que me viniere.

ALCAIDE           (Entrando.)  
Yo sólo tengo de entrar:  
los demás pueden quedarse.  
¡Enrico!

ENRICO           ¿Qué me mandáis?

ALCAIDE           En los rigurosos trances  
se echa de ver el valor;  
ahora podéis mostrarle.  
Estad atento.

ENRICO           Decid.

ALCAIDE           (Aparte.)  
Aun no ha mudado el semblante.  
(Leyendo.)

«En el pleito que es entre partes, de la una, el promotor fiscal de su majestad, y ausente, y de la otra, reo acusado, Enrico, por los delitos que tiene en el proceso, por ser matador, facineroso, incorregible y otras cosas. Vista, etcétera. Fallamos que le debemos de condenar y condenamos a que sea sacado de la cárcel donde está, con soga a la garganta y pregoneros delante que digan su delito, y sea llevado a la plaza pública, donde estará una horca de tres



palos, alta del suelo, en la cual será ahorcado naturalmente. Y ninguna persona sea osada a quitarle de ella sin nuestra licencia y mandato. Y por esta sentencia definitiva, juzgando así lo pronunciamos y mandamos, etc.»

ENRICO            ¡Que aquesto escuchando estoy!

ALCAIDE            ¿Qué dices?

ENRICO            Mira, ignorante,  
que eres opuesto muy flaco  
a mis brazos arrogantes,  
porque si no yo te hiciera...

ALCAIDE            Nada puede remediarse  
con arrogancias, Enrico:  
lo que aquí es más importante  
es poneros bien con Dios.

ENRICO            ¿Y vienes a predicarme  
con leerme la sentencia?  
Vive Dios, canalla infame,  
que he de dar fin con vosotros.

ALCAIDE            El demonio que te aguarde.

(Vase.)

Ya estoy sentenciado a muerte;  
ya mi vida miserable  
tiene de plazo dos horas.  
Voz que mi daño causaste,  
¿no dijiste que mi vida  
si me quedaba en la cárcel  
sería cierta? ¡Triste suerte!  
Con razón debo culparte,  
pues en esta cárcel muero  
cuando pudiera librarme.

(Sale un portero.)

PORTERO PRIMERO    Dos padres de San Francisco  
están para confesarte  
aguardando fuera.

ENRICO            ¡Bueno!  
¡Por Dios que es gentil donaire!  
Digan que se vuelvan luego  
a su convento los frailes,  
si no es que quieran saber  
a lo que estos hierros saben.

PORTERO SEGUNDO    Advierte que has de morir.

ENRICO            Moriré sin confesarme,  
que no ha de pagar ninguno  
las penas que yo pasare.

PORTERO SEGUNDO    ¿Qué más hiciera un gentil?

ENRICO                Esto que le he dicho baste,  
que por Dios si me amohíno  
que ha de llevar las señales  
de la cadena en el cuerpo.

PORTERO SEGUNDO        No aguardo más.

(Vase.)

ENRICO                Muy bien haces  
¿Qué cuenta daré yo a Dios  
de mi vida, ya que el trance  
último llega de mí?  
¿Yo tengo de confesarme?  
Parece que es necedad.  
¿Quién podrá ahora acordarse  
de tantos pecados viejos?  
¿Qué memoria habrá que baste  
a recorrer las ofensas  
que a Dios he hecho? Más vale  
no tratar de aquestas cosas,  
Dios es piadoso y es grande:  
su misericordia alabo;  
con ella podré salvarme.

(Entra PEDRISCO.)

PEDRISCO                Advierte que has de morir,  
y que ya aquestos dos padres  
están de aguardar cansados.

ENRICO                ¿Pues he dicho yo que aguarden?

PEDRISCO                ¿No crees en Dios?

ENRICO                Juro a Cristo,  
que pienso que he de enojarme,  
y que en los padres y en ti  
he de vengar mis pesares.  
Demonios, ¿qué me queréis?

PEDRISCO                Antes pienso que son ángeles  
los que esto a decirte vienen.

ENRICO                No acabes de amohinarme,  
que por Dios que de una coz  
te eche fuera de la cárcel.

PEDRISCO                Yo te agradezco el cuidado.

ENRICO                Vete fuera y no me canses.

PEDRISCO                Tú te vas, Enrico mío,  
al infierno como un padre.

(Vase.)

ENRICO           Voz que por mi mal te oí  
en esa región del aire,  
¿fuiste de algún enemigo  
que así pretendió vengarse?  
¿No dijiste que a mi vida  
le importaba de la cárcel  
no hacer ausencia? Pues di,  
¿cómo quieren ya sacarme  
a ajusticiar? Falsa fuiste,  
pero yo también cobarde,  
pues que me pude salir  
y no dar venganza a nadie.  
Sombra triste, que piadosa  
la verdad me aconsejaste,  
vuelve otra vez y verás  
cómo con pecho arrogante  
salgo a tu tremenda voz  
de tantas oscuridades.  
Gente suena; ya sin duda  
se acerca mi fin.

(Entrando con ANARETO.)

PORTERO SEGUNDO    Habladle;  
podrá ser que vuestras canas  
muevan tan duro diamante.

ANARETO            Enrico, querido hijo,  
puesto que en verte me aflijo  
de tantos yerros cargado,  
ver que pagues tu pecado  
me da sumo regocijo.  
¡Venturoso del que acá  
pagando sus culpas, va  
con firme arrepentimiento;  
que es pintado este tormento  
si se compara al de allá!  
La cama, Enrico, dejé  
y arrimado a este bordón  
por quien me sustento en pie  
vengo en aquesta ocasión.

ENRICO            ¡Ay, padre mío!

ANARETO            No sé,  
Enrico, si aquese nombre  
será razón que me cuadre,  
aunque mi rigor te asombre.

ENRICO            Eso ¿es palabra de padre?

ANARETO            No es bien que padre me nombre  
un hijo que no cree en Dios.

ENRICO            Padre mío, ¿eso decís?

ANARETO            No sois ya mi hijo vos,  
pues que mi ley no seguís.

Solos estamos los dos.

ENRICO                No os entiendo.

ANARETO             ¡Enrico, Enrico!  
A reprenderos me aplico  
vuestro loco pensamiento,  
siendo la muerte instrumento  
que tan cierto os pronostico.  
Hoy os han de ajusticiar,  
¡y no os queréis confesar!  
¡Buena cristiandad, por Dios!  
Pues el mal es para vos  
y para vos el pesar.  
Aqueso es tornar venganza  
de Dios, que el poder alcanza  
del empíreo cielo eterno.  
Enrico, ved que hay infierno  
para tan larga esperanza.  
Es el quererte vengar  
de esa suerte pelear  
con un monte o una roca,  
pues cuando el brazo le toca,  
es para el brazo el pesar.  
Es, con dañoso desvelo,  
escupir el hombre al cielo  
presumiendo darle enojos,  
pues que le cae en los ojos  
lo mismo que arroja al cielo.  
Hoy has de morir: advierte  
que ya está echada la suerte;  
confiesa a Dios tus pecados,  
y así, siendo perdonados,  
será vida lo que es muerte.  
Si quieres mi hijo ser,  
lo que te digo has de hacer.  
Sino (de pesar me aflijo)  
ni te has de llamar mi hijo,  
ni yo te he de conocer.

ENRICO                Bueno está, padre querido;  
que más el alma ha sentido  
(buen testigo dello es Dios)  
el pesar que tenéis vos,  
que el mal que espero afligido.  
Confieso, padre, que erré;  
pero yo confesaré  
mis pecados, y después  
besaré a todos los pies  
para mostraros mi fe.  
Basta que vos lo mandéis,  
padre mío de mis ojos.

ANARETO             Pues ya mi hijo seréis.

ENRICO                No os quisiera dar enojos.

ANARETO             Vamos, porque os confeséis.

ENRICO                ¡Oh, cuánto siento el dejaros!

ANARETO            ¡Oh, cuánto siento el perderos!

ENRICO            ¡Ay ojos! Espejos claros,  
antes hermosos luceros,  
pero ya de luz avaros.

ANARETO            ¡Vamos, hijo!

ENRICO            A morir voy:  
todo el valor he perdido.

ANARETO            Sin juicio y sin alma estoy.

ENRICO            Aguardad, padre querido.

ANARETO            ¡Qué desdichado que soy!

ENRICO            Señor piadoso y eterno,  
que en vuestro alcázar pisáis  
cándidos montes de estrellas,  
mi petición escuchad.  
Yo he sido el hombre más malo  
que la luz llegó a alcanzar  
de este mundo; el que os ha hecho  
más que arenas tiene al mar,  
ofensas; mas, Señor mío,  
mayor es vuestra piedad.  
Vos, por redimir al mundo,  
por el pecado de Adán,  
en una cruz os pusisteis  
pues merezca yo alcanzar  
una gota solamente  
de aquella sangre real.  
Vos, Aurora de los cielos;  
Vos, Virgen bella, que estáis  
de paraninfos cercada,  
y siempre amparo os llamáis  
de todos los pecadores:  
yo lo soy, por mí rogad.  
Decidle que se le acuerde  
a su sacra Majestad  
de cuando en aqueste mundo  
empezó a peregrinar.  
Acordadle los trabajos  
que pasó en él por salvar  
los que inocentes pagaron  
por ajena voluntad.  
Decidle que yo quisiera,  
cuando comience a gozar  
entendimiento y razón,  
pasar mil muertes y más  
antes que haberle ofendido.

ANARETO            Adentro priesa me dan.

ENRICO            ¡Gran Señor! ¡Misericordia!  
No puedo deciros más.

ANARETO            ¡Que esto llegue a ver un padre!

ENRICO            La enigma he entendido ya  
de la voz y de la sombra:  
(Para sí.) la voz era angelical  
y la sombra era el demonio.

ANARETO            Vamos, hijo.

ENRICO            ¿Quién oirá  
ese nombre, que no haga  
de sus dos ojos un mar?  
No os apartéis, padre mío,  
hasta que hayan de expirar  
mis ojos.

ANARETO            No hayas miedo.  
Dios te dé favor.

ENRICO            Sí hará,  
que es mar de misericordia,  
aunque yo voy muerto ya.

ANARETO            Ten valor.

ENRICO            En Dios confío.  
Vamos, padre, donde están  
los que han de quitarme el ser  
que vos me pudisteis dar.

(Vanse. Cambio de lugar. Nos hallamos de nuevo en el monte.)[\[editar\]](#)

---

PAULO            Cansado de correr vengo  
por este monte intrincado:  
atrás la gente he dejado  
que a ajena costa mantengo.  
Al pie de este sauce verde  
quiero un poco descansar,  
por ver si acaso el pesar  
de mi memoria se pierde.  
Tú, fuente, que murmurando  
vas, entre guijas corriendo.  
en tu fugitivo estruendo  
plantas y aves alegrando:  
dame algún contento ahora,  
infunde al alma alegría  
con esa corriente fría  
y con esa voz sonora.  
Lisonjeros pajarillos,  
que no entendidos cantáis,  
y holgazanes gorjeáis  
entre juncos y tomillos:  
dad con picos sonorosos  
y con acentos suaves  
gloria a mis pesares graves  
y sucesos lastimosos.  
En este verde tapete  
jironado de cristal,  
quiero divertir mi mal,  
que mi triste fin promete.

(Echase a dormir y sale EL PASTORCILLO que se vio en la segunda jornada, deshaciendo la corona de flores que antes tejía.)

PASTORCILLO           Selvas intrincadas.

verdes alamedas,  
a quien de esperanzas  
adorna Amaltea.  
Fuentes que corréis  
murmurando apriesa,  
por menudas guijas,  
por blandas arenas.  
Ya vuelvo otra vez  
a mirar la selva,  
y a pisar los valles,  
que tanto me cuestan.  
Yo soy el pastor  
que en vuestras riberas  
guardé un tiempo alegre  
cándidas ovejas.  
Sus blandos vellones  
entre verdes felpas  
jirones de plata  
a los ojos eran.  
Era yo envidiado,  
por ser guarda buena  
de muchos zagales  
que ocupan la selva;  
y mi mayoral,  
que en ajena tierra  
vive, me tenía  
voluntad inmensa,  
porque le llevaba  
cuando quería verlas,  
las ovejas blancas  
como nieve en pellas.  
Pero desde el día  
que una, la más buena,  
huyó del rebaño,  
lágrimas me anegan.  
Mis contentos todos  
convertí en tristezas,  
mis placeres vivos  
en memorias muertas.  
Cantaba en los valles  
canciones y letras;  
Mas ya en triste llanto,  
funestas endechas.  
Por tenerla amor,  
en esta floresta  
aquesta guirnalda  
comencé a tejerla.  
Mas no la gozó,  
que, engañada y necia,  
dejó a quien la amaba  
con mayor firmeza.  
Y, pues, no la quiso,  
fuerza es que ya vuelva  
por venganza justa  
hoy a deshacerla.

PAULO                Pastor, que otra vez  
te ví en esta sierra,  
si no muy alegre,  
no con tal tristeza:  
el verte me admira.

PASTORCILLO        ¡Ay, perdida oveja!  
¡De qué gloria huyes  
y qué mal te allegas!

PAULO                ¿No es esa guirnalda  
la que en las florestas  
entonces tejías  
con gran diligencia?

PASTORCILLO        Esta misma es;  
mas la oveja, necia,  
no quiere volver  
al bien que le espera,  
y así la deshago.

PAULO                Si acaso volviera,  
zagalejo amigo,  
¿no la recibieras?

PASTORCILLO        Enojado estoy;  
mas la gran clemencia  
de mi mayoral  
dice que, aunque vuelvan,  
si antes fueron blancas,  
al rebaño negras,  
que las dé mis brazos,  
y sin extrañeza  
requiebros las diga  
y palabras tiernas.

PAULO                Pues es superior,  
fuerza es que obedezcas.

PASTORCILLO        Yo obedeceré;  
pero no quiere ella  
volver a mis voces,  
en sus vicios ciega.  
Ya de aquestos montes  
en las altas peñas,  
la llamé con silbos  
y avisé con señas.  
Ya por los jarales,  
por incultas selvas  
la anduve a buscar:  
¡qué dello me cuesta!  
Ya traigo las plantas  
de jaras diversas  
y agudos espinos  
rotas y sangrientas.  
No puedo hacer más.

PAULO                En lágrimas tiernas  
baña el pastorcillo  
las mejillas bellas.



Pues te desconoce,  
olvídate de ella,  
y no llores más.

PASTORCILLO           Que lo haga es fuerza.

Volved, bellas flores,  
a cubrir la tierra,  
pues que no fue digna  
de vuestra belleza.  
Veamos si allá  
en la tierra nueva  
la pondrán guirnalda  
tan rica y tan bella.  
Quedaos, montes míos,  
desiertos y selvas,  
adiós, porque voy  
con la triste nueva  
a mi mayoral.  
Y cuando lo sepa  
(aunque ya lo sabe),  
sentirá su mengua,  
no la ofensa suya,  
aunque es tanta ofensa.  
Lleno voy a verle  
de miedo y vergüenza:  
lo que ha de decirme,  
fuerza es que lo sienta.  
Dirame: «Zagal,  
¿así las ovejas  
que yo os encomiendo  
guardáis?» ¡Triste pena!,  
yo responderé...  
No hallaré respuesta.  
si no es que mi llanto  
la respuesta sea.

(Vase.)

PAULO                   La historia parece  
de mi vida aquesta.  
De este pastorcillo,  
no sé lo que sienta;  
que tales palabras  
fuerza es que prometan  
oscuras enigmas...  
Alas, ¿qué luz es ésta  
que a la luz del sol  
sus rayos se afrentan?

(Suena música y se ven dos ángeles que llevan al cielo el alma de ENRICO.)

Música celeste  
en los aires suena,  
y a lo que diviso,  
dos ángeles llevan  
un alma gloriosa  
a la excelsa esfera.  
Dichosa mil veces,

alma, pues hoy llegas  
donde tus trabajos  
fin alegre tengan.

(Encúbrese la apariencia. PAULO prosigue diciendo.)

Frutas y plantas agrestes,  
a quien el hielo corrompe,  
¿no veis cómo el cielo rompe  
ya sus cortinas celestes?  
Ya rompiendo densas nubes  
y estos transparentes velos,  
alma, a gozar de los cielos  
feliz y gloriosa subes.  
Ya vas a gozar la palma  
que la ventura te ofrece:  
¡triste del que no merece  
lo que tú mereces, alma!

(Aparece GALVÁN.)

GALVÁN            Advierte, Paulo famoso,  
que por el monte ha bajado  
un escuadrón concertado  
de gente y armas copioso  
que viene sólo a prendernos.  
Sino pretendes morir,  
solamente, Paulo, huir  
es lo que puede valernos.

PAULO            ¿Escuadrón viene?

GALVÁN            Eso es cierto;  
ya se divisa la hilera,  
con su caja y su bandera.  
No escapas de preso o muerto  
si aguardas.

PAULO            ¿Quién la ha traído?

GALVÁN            Villanos, si no me engaño  
(como hacemos tanto daño  
en este monte escondido),  
de aldeas circunvecinas  
se han juntado.

PAULO            Pues matarlos.

GALVÁN            ¡Qué! ¿Te animas a esperarlos?

PAULO            Mal quién es Paulo imaginas.

GALVÁN            Nuestros peligros son llanos.

PAULO            Sí, pero advierte también  
que basta un hombre de bien  
para cuatro mil villanos.

GALVÁN            Ya tocan; ¿no lo oyes?

PAULO                   Cierra  
y no receles el daño,  
que antes que fuese ermitaño  
supe también qué era guerra.

(Sale EL JUEZ con VILLANOS armados.)[\[editar\]](#)

---

JUEZ                   Hoy pagaréis las maldades  
que en este monte habéis hecho.

PAULO                   En ira se abrasa el pecho.  
Soy Enrico en las crueldades.

UN VILLANO           ¡Ea, ladrones, rendíos!

GALVÁN                Mejor nos está el morir,  
mas yo presumo que huir,  
que para eso tengo bríos.

(Huye GALVÁN y le siguen muchos VILLANOS. PAULO se entra luchando con los demás.  
Vanse todos.)

PAULO                   (Dentro.)  
Con las flechas me acosáis  
y con ventajas reñís;  
más de doscientos venís  
para veinte que buscáis.

JUEZ                   (Dentro.)  
Por el monte va corriendo.

(Baja PAULO por el monte, rodando, lleno de sangre.)

PAULO                   Ya no bastan pies ni manos;  
muerte me han dado villanos;  
de mi cobardía me ofendo.  
Volveré a darles la muerte;  
pero no puedo, ¡ay de mí!  
El cielo a quien ofendí  
se venga de aquesta suerte.

PEDRISCO (Sin ver a PAULO, que está moribundo en el suelo.)

Como en las culpas de Enrico  
no me hallaron culpado,  
luego que públicamente  
los jueces le ajusticiaron,  
me echaron la puerta afuera  
y vengo al monte. ¿Qué aguardo?  
¿Qué miro? La selva y monte  
anda todo alborotado.  
Allí dos villanos corren,  
las espadas en las manos.  
Allí va herido Fineo,  
y allí huyen Celio y Fabio,  
y aquí, ¡qué gran desventura!

tendido está el fuerte Paulo.

PAULO           ¿Volvéis, villanos, volvéis?  
La espada tengo en la mano.  
No estoy muerto; vivo estoy,  
aunque ya de aliento falto.

PEDRISCO        Pedrisco soy, Paulo mío.

PAULO            Pedrisco, llega a mis brazos.

PEDRISCO        ¿Cómo estás así?

PAULO            ¡Ay de mí!  
Muerte me han dado villanos.  
Pero ya que estoy muriendo,  
saber de ti, amigo, aguardo  
qué hay del suceso de Enrico.

PEDRISCO        En la plaza le ahorcaron  
de Nápoles.

PAULO            Pues así,  
¿quién duda que condenado  
estará al infierno ya?

PEDRISCO        Mira lo que dices, Paulo;  
que murió cristianamente  
confesado y comulgado,  
y abrazado con un Cristo,  
en cuya vista, enclavados  
los ojos, pidió perdón,  
y misericordia, dando  
tierno llanto a sus mejillas,  
y a los presentes espanto.  
Fuera de aquesto, en muriendo  
resonó en los aires claros  
una música divina;  
y para mayor milagro  
y evidencia más notoria,  
dos paraninfos alados  
se vieron patentemente,  
que llevaban entre ambos  
el alma de Enrico al cielo.

PAULO            ¡A Enrico, el, hombre más malo  
que crió naturaleza!

PEDRISCO        ¿De aquesto te espantas, Paulo,  
cuando es tan piadoso Dios?

PAULO            Pedrisco, eso ha sido engaño:  
otra alma fue la que vieron,  
no la de Enrico.

PEDRISCO        ¡Dios santo,  
reducidle Vos!

PAULO            Yo muero.

PEDRISCO            Mira que Enrico, gozando  
está de Dios: pide a Dios  
perdón.

PAULO                ¿Y cómo ha de darlo  
a un hombre que le ha ofendido  
como yo?

PEDRISCO            ¿Qué estás dudando?  
¿No perdonó a Enrico?

PAULO                Dios es piadoso...

PEDRISCO            Es muy claro.

PAULO                Pero no con tales hombres.  
Ya muero, llega tus brazos.

PEDRISCO            Procura tener su fin.

PAULO                Esa palabra me ha dado  
Dios: si Enrico se salvó,  
también yo salvarme aguardo.  
(Muere.)

PEDRISCO            Lleno el cuerpo de lanzadas  
quedó muerto el desdichado.  
Las suertes fueron trocadas.  
Enrico, con ser tan malo,  
se salvó, y éste al infierno  
se fue, por desconfiado.  
Cubriré el cuerpo infeliz  
cortando a estos sauces ramos.  
(Lo hace.)  
Mas, ¿qué gente es la que viene?

(El JUEZ entra con VILLANOS, que traen preso a GALVÁN.)

JUEZ                 Si el capitán se ha escapado,  
poca diligencia ha sido.

UN VILLANO         Yo lo vi caer rodando,  
pasado de mil saetas,  
de los altivos peñascos.

JUEZ                 Un hombre está aquí: prenderle.

PEDRISCO            ¡Ay, Pedrisco desdichado!,  
esta vez te dan carena.  
(Aparte. Señalando a GALVÁN.)

OTRO VILLANO      Este es criado de Paulo  
y cómplice en sus delitos.

GALVÁN              Tú mientes como villano;  
que sólo lo fui de Enrico,  
que de Dios está gozando.

PEDRISCO            (Aparte a GALVÁN.)

Y yo, Galvanito hermano,  
no me descubras aquí,  
por amor de Dios.

JUEZ (A GALVÁN.)

Si acaso  
me dices dónde se esconde  
el capitán que buscamos,  
yo te daré libertad.  
¡Habla!

PEDRISCO            Buscarle es en vano  
cuando es muerto.

JUEZ                ¿Cómo muerto?

PEDRISCO            De varias flechas y dardos  
pasado le hallé, señor,  
con la muerte agonizando  
en aqueste mismo sitio.

JUEZ                ¿Y dónde está?

PEDRISCO            Entre estos ramos  
le metí.

(Va a apartar los ramos y aparece PAULO rodeado de llamas.)

Mas, ¡qué visión  
descubro de tanto espanto!

PAULO                Si a Paulo buscando vais,  
bien podéis ya ver a Paulo,  
ceñido el cuerpo de fuego  
y de culebras cercado.  
No doy la culpa a ninguno  
de los tormentos que paso:  
sólo a mí me doy la culpa,  
pues fui causa de mi daño.  
Pedí a Dios que me dijese  
el fin que tendría, en llegando  
de mi vida el postrer día:  
ofendile, caso es llano;  
y como la ofensa vio  
de las almas el contrario,  
incitome con querer  
perseguirme con engaños.  
Forma de un ángel tomó  
y engañome; que a ser sabio,  
con su engaño me salvara;  
pero fui desconfiado  
de la gran piedad de Dios,  
que hoy a su juicio llegando,  
me dijo: «Baja, maldito  
de mi Padre, al centro airado  
de los oscuros abismos,  
adonde has de restar penando.»  
¡Malditos mis padres sean  
mil veces, pues me engendraron!

¡Y yo también sea maldito,  
pues que fui desconfiado!

(Húndese y sale fuego de la tierra.)

JUEZ                   Misterios son del Señor.

GALVÁN                ¡Pobre y desdichado Paulo!

PEDRISCO            ¡Y venturoso de Enrico  
que de Dios está gozando!

JUEZ                   Porque toméis escarmiento,  
no pretendo castigaros;  
libertad doy a los dos.

PEDRISCO            Vivas infinitos años.  
Hermano Galván, pues ya  
de ésta nos hemos librado,  
¿qué piensas hacer desde hoy?

GALVÁN                Desde hoy pienso ser un santo.

PEDRISCO            Mirando estoy con los ojos  
que no haréis muchos milagros.

GALVÁN                Esperanza en Dios.

PEDRISCO            Amigo,  
quien fuere desconfiado,  
mire el ejemplo presente.

JUEZ                   No más: a Nápoles vamos  
a contar este suceso.

PEDRISCO            Y porque es éste tan arduo  
y difícil de creer,  
siendo verdadero el caso,  
vaya el que fuere curioso  
(porque sin ser escribano  
dé fe de ello) a Belarmino,  
y sino más dilatado,  
en la «Vida de los Padres»  
podrá fácilmente hallarlo.  
Y con aquesto da fin  
«El Mayor desconfiado  
y pena y gloria trocadas».  
El cielo os guarde mil años.